



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

# *Los jóvenes y sus identidades*

PEDRO GONZÁLEZ BLASCO

## 1.1 *Importancia del tema*

Varias razones, factores o causas han hecho que el tema de la identidad, el identificarse con algo o con alguien, tome actualidad. Por una parte, la constitución de las Comunidades Autónomas ha hecho que en algunos casos se busque y en otros se trate de revitalizarla, siempre para profundizar y clarificar los procesos de la propia y diferencial identidad o identificación. Por otra parte existen las identidades propias de grupos y colectivos más amplios que, contando ya con un pasado más o menos remoto, consideran necesario actualizarlas en una nueva situación socio-política y cultural que ha cambiado bastante y continúa haciéndolo a un ritmo que exige modificaciones.

Además, el interés para poder abordar este tema surge desde perspectivas más interdisciplinarias que lo que se ha hecho en el pasado.

Hay que considerar también la conexión de este tema con otra serie de fenómenos sociales como la violencia, la xenofobia, la marginación o, por el contrario, con el deseo de integración real de colectivos diferenciados, de conductas tolerantes que no aceptan las marginaciones, de una aspiración a construir en paz y juntos, aun sin negar pluralismos vertebradores de realidades sociales, en buena medida diferentes.

El interés por el tema surge también por su mismo contenido, que plantea teórica y metodológicamente una serie de retos que eviten las simplificaciones y acepten la complejidad que él mismo tiene. No lejos de esto, podemos reseñar también su conexión con procesos de unidad, respetuosa con la diversidad en distintos niveles y grados, tanto de colectivos humanos como de procesos sociales.

## 1.2 *El concepto y sus acepciones*

El concepto mismo —o mejor, los conceptos— de identidad e identidades, así como el de identificación, son polivalentes y admiten interpretaciones múltiples. Los enfoques sociológicos, antropológicos y filosóficos diferentes no son ajenos a la propia diversidad de interpretaciones.

En una primera aproximación sencilla, la Real Academia de la Lengua define *identidad* como «la calidad de idéntico», «lo que en sustancia y accidentes es lo mismo que otra cosa (o muy parecida) con que se compara», o el «hecho de ser una persona o cosa la misma que se supone o se busca». Puede entenderse también bajo la acepción de «igualdad que se verifica siempre, sea cualquiera el valor de las variables que su expresión contiene» (DICCIONARIO DE LA RAE: 1984<sup>20</sup>).

El mismo Diccionario de la RAE se refiere a *identificación* en el sentido de «la acción de identificar», esto es, entre otras cosas, «llegar a tener las mismas creencias, propósitos, deseos, etc.» que otra u otras personas.

Algunas notas son ya destacables: al identificar se «comparan» cosas o personas, y se «busca» algo, siendo al mismo tiempo un «proceso», sobre todo para «llegar a tener» semejanza con algo o alguien.

Evidentemente, estas definiciones tienen, por un lado, el valor de concretar, para mucha gente, conceptos e ideas; por otra parte, su «fijación» resulta simplificadora y estrecha por su propia vaguedad, carente de matices y un tanto difícil para entender situaciones más concretas, al tiempo que complejas y cambiantes.

Hay que considerar que una identidad puede tener sus raíces en un pasado étnico, político, religioso, cultural o de otra índole, pero

que la identidad es una construcción casi continua y renovada en relación al contexto, sobre todo al contexto relacional humano-social.

«Identificarse» es también una forma prenominal, que se toma a veces como sinónimo de «solidarizarse» o de «entender o estar u obrar de acuerdo una persona o más con otra u otras». También se puede considerar como «comprobar que una persona o grupo de ellas o una cosa es la misma que la conocida en otras circunstancias» (MOLINER, II, 1990).

De lo anterior podemos deducir —provisionalmente— que:

- a) La identificación es, sobre todo, un proceso y, por tanto, algo no estático, en evolución y cambiante;
- b) El concepto de identificación, como el de identidad, tiene varias acepciones que: 1) implican la búsqueda de algo o alguien; 2) entrañan la comparación también con algo o alguien pasado, presente o futuro; 3) indica la existencia de ideas, creencias o propósitos similares con otros; 4) incluye la comprobación y persistencia de lo mismo en circunstancias diferentes; 5) señala la igualdad entre diferentes enfoques.

Los jóvenes, en su búsqueda, también comparan y constatan similitudes o discrepancias; comprueban la persistencia o no de las conductas adultas, según sean las circunstancias, y procuran igualdades, al menos iniciales.

Pero es pertinente volver a aportar algo sobre la «identidad» desde un enfoque más filosófico. La filosofía, al menos la convencional, señala dos perspectivas: la identidad como algo ontológico, el llamado «principio ontológico de identidad» (A es A), o una cosa es igual a sí misma; y la identidad como «lógica» (FERRATER MORA: 204 ss), que también se explicita en el conocido «principio lógico de identidad», que se entiende tanto en «A pertenece a A» como en «si A entonces A».

Ya PARMÉNIDES y PLATÓN se ocuparon incisivamente de analizar este concepto. Pero fue ARISTÓTELES el que señaló que la identidad puede entenderse de múltiples formas. La identidad se concibió, así, como unidad de multiplicidad de seres, o como lo múltiple de un mismo ser. También se vio, escolásticamente, la identidad como «conveniencia de una cosa consigo misma». Aunque se utilizan distintos tipos de identidad (real, racional, numérica, específica, causal, etc.), las dos formas prevalentes son la identidad lógica o formal, y la ontológica o real, que no excluyen su mutua relación; al contrario, suelen ir muy relacionadas.

Más que esta distinción, para el tema que nos ocupa es interesante la aproximación de

D. HUME, para quien, según indica FERRATER MORA, «el problema de cualquier identidad substancial es insoluble, y se contentó con la relativa persistencia de haces de impresiones en las relaciones de semejanza, contigüidad y causalidad de las ideas» (FERRATER MORA: 206).

E. KANT, aceptando en parte la visión de HUME, rechaza su «solución» al valorar lo trascendental. M. SCHELLING hace una aportación que nos interesa también reseñar: «La identidad es... no sólo un concepto lógico, ni sólo el resultado de representaciones empíricas unificadas por medio de la conciencia de la persistencia, sino un principio que aparece lógicamente como vacío, pero que metafísicamente es la condición de todo ulterior “desarrollo” o “despliegue”» (FERRATER MORA: 206). Para HEGEL, por el contrario, la identidad «no expresa una relación vacía y abstracta, y tampoco una relación concreta pero carente de razón, sino un universal concreto, una verdad plena y superior, que ha absorbido las entidades superiores» (FERRATER MORA: 206).

De ese sucinto repaso a algunas posturas clásicas que sobre la identidad nos aportan algunos filósofos podemos sacar algunas consecuencias de interés. En primer lugar que, para algunos, hablar de identificación, de identidad de algo o alguien con «otros», no tiene sentido; es hablar de «vacíos». Para otros, abordar eso es referirse a algo que es concreto y universal a la vez. Por fin, para algunos otros, tratar de «identificaciones» es sólo constatar la existencia de meras «impresiones» que existen empíricamente y que se reúnen en «haces» significativos, sobre todo para los que lo experimentan. La aproximación sociológica se acerca, sobre todo, a esta última corriente interpretativa.

En segundo lugar, tanto si se enfoca desde una como desde otra perspectiva, la identidad y el proceso de identificarse con algo o alguien, individual o colectivo, siempre sirve de basamento para sustentar posteriores visiones, ideas, actitudes y aun conductas. En tercer lugar, sociológicamente no pretendemos hablar de identidades ni identificaciones «ontológicas»; ni aun, casi, de las «formales» o «lógicas».

Finalmente, me parece útil distinguir:

- a) La identidad de uno, por ejemplo un joven o una joven, consigo mismo;
- b) Por otro lado, la identidad del grupo como tal. ¿Puede hablarse hoy de la «juventud» como algo con identidad grupal homogénea?;
- c) Puede también analizarse la relación de identificación o de rechazo de

los «jóvenes» con los «adultos» y los intercambios entre ambos «mundos» (GONZÁLEZ BLASCO ET AL.: 89); d) Finalmente, y sin pretensiones de agotar la serie, podemos tratar de la identificación de los jóvenes con algunas instituciones sociales.

Pero antes vale la pena señalar también algunas aproximaciones que desde la sociología se han hecho a este tema de identidad e identificación.

Para E. DURKHEIM el tema de la identidad y su comprensión es importante y está en el fundamento de sus famosas distinciones entre valores subjetivos y objetivos, juicios de valor y de realidad, lo «normal» y lo «patológico», y especialmente en su concepción de las «representaciones» individuales y colectivas. Tratando esto último, en su apartado sobre la «asociación de ideas por semejanza», analizando la similitud, la comparación y lo que «dice la lógica», señala DURKHEIM que «ocurre, en efecto, que las cosas se simplifican artificialmente desde el momento en que la similitud se reduce a ser una identidad parcial. Dos ideas semejantes son diferentes aun para los puntos en los cuales coinciden. Los elementos que se consideran comunes a una y a otra lo son separadamente en una y en otra; no los debemos confundir al compararlos. Es la relación sui géneris que se establece entre ellos, la combinación especial que forman en virtud de esa semejanza, lo que nos proporciona la impresión de similitud. Pero combinación supone pluralidad» (DURKHEIM: 99).

La escuela de DURKHEIM ha mantenido viva, en su relación sociológico-antropológica, estos conceptos de identidad, muy relacionados con sus concepciones de lo personal y lo colectivo.

Más recientemente, se utiliza el concepto al que nos referimos al analizar, por ejemplo, las diferencias entre «referentes», «términos» y «significados» (SARTORI: 205).

La propia Sociología del Conocimiento abordó el tema al tratar múltiples cuestiones, especialmente las relacionadas con los problemas metodológicos tales como identidad o no del sujeto y del objeto, u otros.

En un interesante trabajo relativamente reciente, Eugenia RAMÍREZ GOICOECHEA aborda también el tema de las identidades desde una perspectiva socio-antropológica y, aunque ceñida al tema de la etnicidad en una zona concreta de Euskadi, no deja de indicar algunas concreciones de interés sobre el concepto que aquí tratamos. RAMÍREZ GOICOECHEA considera la identidad no como una certeza

sino como un fin de utilidad ordenativa para lograr dar significado a lo que se presenta como fragmentado. Por otra parte, entiende este concepto como algo de sentido común y en un aspecto cultural que es «interpretado como insularidad», es decir, como algo que en cierto modo diferencia a unas personas o colectivos de otros al distinguirlos. Lo ve como «el producto de una intersubjetividad compartida, lo cual no tiene por qué ser así racionalizado por los sujetos» (RAMÍREZ GOICOECHEA: 6).

En realidad, nos parece que en su trabajo Eugenia RAMÍREZ GOICOECHEA utiliza el esquema de Peter BERGER y Thomas LUCKMAN de los tres tiempos: exteriorización, objetivización e interiorización, para explicar lo subjetivo-objetivo del propio sentido de la identidad y del proceso de identificación. Desde esta misma perspectiva, RAMÍREZ GOICOECHEA construye la realidad de la identidad casi exclusivamente desde lo social. En tal sentido indica que «para esto es indispensable un proceso de objetivización, por medio del cual todos atribuyen a esta dimensión subjetiva carácter de totalidad, continuidad y necesidad, lejos de toda conciencia de su génesis social, en una operación de compromiso, consenso y participación social en cuanto al valor de su significado». En esa misma línea indica que «precisamente es así como bajo la ilusión de una objetividad, la identidad es subjetivamente interiorizada como algo dado e invariante, que permite el mantenimiento de un mínimo reconocible que garantice cierta estabilidad en las percepciones e interacciones entre los sujetos» (RAMÍREZ GOICOECHEA: 6).

Curiosamente vuelve a un cierto sentido ontológico real de la identidad, pero que rápidamente niega en ese mismo sentido. Así indica que, «en cierta forma, podríamos decir que (la identidad) la inventamos, entre todos, como herramienta para manejarnos entre nosotros mismos y ordenar y entender la realidad que generamos, de la cual formamos parte, otorgándole un carácter de necesidad ontológica, que en realidad no posee» (RAMÍREZ GOICOECHEA: 7).

Esta autora opera con una concepción de identidad social que «se refiere a la categoría que intenta dar cuenta de aquella vertiente del sujeto que, en su relación con otros y en función de ésta, se reconoce y le reconocen igual y distinto a otros sujetos, lo que permite otorgarle existencia social y ubicarle dentro del espectro categorial-grupal construido en su sociedad» (RAMÍREZ GOICOECHEA: 5).

Para ella, pues, «toda identidad se construye, por tanto, en un doble sentido de similitud y diferencia respecto de otros (SALAU LIEU, 1985: 322), expresando una relación de reciprocidad, una suerte de intercambio permanente con los otros (NOSCHIS, 1982: 41)» (RAMÍREZ GOICOECHEA: 7).

Es ésta una interpretación sugerente, útil operativamente con las ventajas pero también con las limitaciones, de todo el enfoque de la construcción social de la realidad implicada en la concepción de Thomas LUCKMAN y de Peter BERGER.

En conjunto, pues, tanto la identidad como su proceso de realización, es decir, la identificación, son algo relativo, no ontológico, más bien formal, que implican subjetividad y objetividad a la vez, que tienen una vocación de búsqueda de semejanzas y cierta igualdad con otras cosas y personas a través de comparaciones, procurando «conveniencias» consigo mismo y con otros indicadores de la existencia de ideas o creencias similares con otros; básicamente son impresiones en las relaciones de semejanza que, percibidas subjetivamente, se objetivizan, basándose en experiencias, las más de las veces empíricas.

Todas estas consideraciones debemos tenerlas en cuenta al hablar seguidamente de la identidad de los jóvenes o de otros grupos con respecto a las instituciones, tema básico de este trabajo. Pero antes de seguir adelante, permítansenos algunas reflexiones sobre el sujeto de este análisis, es decir, sobre la juventud y los jóvenes.

### 1.3 *La juventud y los jóvenes*

Como muy bien indica Manuel MARTÍN SERRANO en su trabajo sobre *Los valores actuales de la juventud en España*, «frecuentemente la juventud se mitifica como una condición existencial que identifica a las personas», y que prevalece sobre las distinciones que se deben a las diferencias de sexo, de origen social, de opinión. Los jóvenes no comparten este estereotipo tan simple, y son conscientes de que la juventud es rasgo biológico diferencial cuando se compara entre jóvenes y viejos; pero no es criterio de identidad de los sujetos sociales. Los jóvenes perciben, entre los jóvenes, las mismas diferencias que separan y distinguen a las personas de cualquier edad» (MARTÍN SERRANO: 9).

Ya en un trabajo nuestro anterior al citado, *Jóvenes españoles 89*, indicábamos la impropiedad de la utilización del término juventud para expresar algo que podría parecer un todo homogéneo, cultural, política y grupalmente. Más bien, los jóvenes se diferencian entre ellos y, por lo tanto, hay que hablar de distintos tipos de jóvenes cuyas identidades son muy diferentes, no tanto por su clase social o sexo, variables que van perdiendo importancia, sino por «la visión del mundo» que portan los distintos tipos de jóvenes.

En nuestro trabajo, y utilizando una batería de 38 proposiciones, a través de una técnica de análisis factorial y cluster, llegamos a ocho posibles tipos de jóvenes, de acuerdo con las respuestas dadas por una muestra de unos 4.200 jóvenes españoles. Como consecuencia fundamental dedujimos que cada vez menos podemos hablar de la juventud como un todo homogéneo. Hoy existen más diferencias entre los jóvenes con distintas «visiones del mundo» que las que pueda haber entre ellos por sexo, clase social, niveles de educación e incluso por posicionamiento político, aspectos en los que, aun manteniéndose ciertas diferencias, éstas se van acortando. A los ocho tipos de jóvenes deducidos de ese análisis los llamábamos «libredisfrutadores», «simbolistas», «logromotivados», «cooperadores», «utilitaristas», «pragmatistas» y «pasivos».

Aquí interesa especialmente destacar el grupo de los que denominábamos «segregacionistas». Alrededor de un 12 % de los jóvenes españoles, los que no son tan partidarios de la igualdad sino más bien de la libertad, dependen básicamente de su propio hacer, tienden a un cierto elitismo, y especialmente se definen por que tratan conscientemente de distanciarse y diferenciarse de otros jóvenes, tanto intelectual como social o económicamente. Su visión del mundo es normatizada, pero con un alto valor concedido al disfrute y al hedonismo, aunque no a un hedonismo y disfrute de cualquier tipo.

La identidad y la identificación de estos ocho tipos de jóvenes con distintas instituciones es muy diferente entre unos y otros. Es esto lo que se querría poner de manifiesto, aunque no es éste el momento de entrar en el detalle de cada una de estas diferenciaciones, puesto que se pueden encontrar ya explicitadas en los libros citados. (Cfr GONZÁLEZ BLASCO ET AL., 1989: 171).

Sin embargo, y además de lo dicho anteriormente, que es más fundamental, sí pueden

detectarse algunas cosas comunes aplicables a una mayoría de jóvenes.

Como indica también Manuel MARTÍN SERRANO, «la visión que tiene la juventud de sí misma... no impide a esta promoción de jóvenes percibir que comparten ciertos rasgos y valores generacionales, aunque no todos coinciden en cuáles serían esas características» (MARTÍN SERRANO: 9).

Por ello, a pesar de admitir básicamente las grandes diferencias que hay entre unos y otros tipos de jóvenes, vamos a referirnos también a algunos aspectos o características comunes de los jóvenes con respecto a su identificación.

#### 1.4 *Identificación de los jóvenes: reflexiones generales*

Antes de entrar en la descripción de las identificaciones o aceptaciones de los jóvenes, parece necesario indicar las características generales con que se afronta esa aceptación e identificación por parte de los jóvenes de ambos sexos.

Los jóvenes, en general, son bastante más prudentes y cautelosos de lo que algunos medios o algunos grupos de ellos parecen sugerir. Por otra parte, sus posturas en muchos casos son un tanto escépticas, es decir, que aunque parece que se acomodan y aceptan determinadas situaciones, instituciones o actitudes de la sociedad adulta, en realidad simplemente las «tienen que aceptar», pero no coinciden fundamentalmente con ellas. Por lo tanto, hay una cierta lucidez escéptica en cualquier tipo de aceptación o identidad con algunas cosas de los adultos.

Por otra parte, cualquier aceptación de la sociedad o de parte de la sociedad de los adultos la tratan de hacer siempre según la ven, en relación a la conveniencia de lo que consideran sus propias cualidades personales y según se adapta o no a su propia personalidad. Además, la identificación o aceptación de determinadas situaciones e instituciones de la sociedad actual por parte de los jóvenes suele ser bastante selectiva, es decir, no aceptan la totalidad de una cosa o institución, sino más bien aquellos aspectos de la misma que les parecen de cierto interés. Hay también que indicar que, en general, se sienten más vinculados a todo aquello que implica un riesgo físico que a lo que exige un riesgo —diríamos— psíquico.

También vale la pena reseñar que, en general, se identifican más con las cosas «privadas familiares», y quizá porque las valoran más, ante ellas se muestran más rigoristas —ética o moralmente— que con las cosas «públicas», ante las cuales —quizá porque las valoran menos— se muestran mucho más laxos moral o éticamente.

Finalmente, conviene indicar que en la mentalidad de los adultos parece todavía predominar la existencia de un tipo o modelo de joven, cualquiera que sea su sexo. Sin embargo, para los jóvenes en muchos casos no existe un modelo al que hay que tender, sino una pluralidad de modelos respecto a los cuales se puede tender, todos ellos válidos y de interés en la sociedad actual. La unicidad de modelo es algo con lo que opera más el mundo adulto, mientras su pluralidad es algo con lo que opera el mundo juvenil.

Considerando, además, el contexto en que se mueven los jóvenes, hay que tener en cuenta que hoy los distintos tipos de jóvenes desarrollan su propia identidad en lo que se ha llamado «pertenencias múltiples»; pertenencias que son un tanto limitadas y parciales, no totales, y en buena medida provisionales, según lugares y tiempos. Es decir, los jóvenes pertenecen, a la misma vez y al mismo tiempo, a distintos grupos de referencia, de los cuales reciben mensajes, indicaciones, visiones, a veces diferentes de la realidad circundante, y es en ese mundo de pertenencias múltiples en el que van realizando su identidad. Hay también que hacer notar que precisamente el pluralismo de mensajes, unido a ese pluralismo de centros de cierta referencia —lo que podríamos llamar policentrismo—, unido, por otra parte, a una relativa renuncia del sistema social a todo lo que sea tender a una intencionalidad normativa, va produciendo dos fenómenos que afectan a los distintos grupos de jóvenes. Por una parte, cierta neutralidad respecto a los valores que se relativizan; por otra, una relativización de las opciones, vistas por los jóvenes como posibilidades, todas ellas relativas y, en cierta medida, válidas, cualquiera que sea su contenido valorativo. (Cfr VECCHI: 38-58).

Como se ha indicado también en algunos estudios, «las biografías de los jóvenes son siempre abiertas». Es decir, que hay una tendencia o vocación juvenil a no definirse, a no identificarse fuertemente y de una vez para siempre. En buena medida porque se quieren dejar abiertos espacios de libertad para posi-



bles movimientos de ubicación social posterior, dado que no saben bien a dónde se podrá llegar por uno u otro camino y, en cierta medida, por dónde va o por dónde se orientará en el futuro la sociedad. De esta manera, si siempre la vida de los jóvenes ha estado abierta hacia un futuro, hoy —precisamente por lo indicado anteriormente— esa apertura se deja más conscientemente abierta para resituarse en distintos momentos y lugares, según las conveniencias y según se vayan situando, no sólo los demás jóvenes, sino también los adultos.

De hecho, hace unas décadas el gran problema de la juventud se centraba, fundamentalmente, en liberarse de determinados tabúes o mitos, reglas sociales y costumbres de los mayores. Poco a poco, el núcleo básico de la problemática juvenil parece que se va centrando en lograr una identidad consolidada, profunda y acorde con la propia personalidad. Esta identidad de los jóvenes consigo mismos no se hace hoy tanto por vía de las ideas sino más bien por la vivencia de experiencias vitales de significado; por ello, en muchos casos es más eficaz «un gesto significativo» que un concepto o una idea transmitida a los jóvenes (LOZANO: 26).

Consideradas algunas acepciones del concepto y hechas las reflexiones generales sobre la identificación y los jóvenes, en este estudio vamos a indagar empíricamente sobre alguno de los aspectos que hemos reseñado anteriormente. Se trata, en primer lugar, de la identidad de los jóvenes consigo mismos: cómo se ven, con qué rasgos se identifican, cómo consideran que los perciben los adultos, qué experiencias han tenido impacto en sus vidas, las metas que buscan y los principales problemas que detectan. Posteriormente se analiza la identidad de los jóvenes como tal grupo conjunto: a quiénes consideran jóvenes, la aceptación o rechazo de otros grupos sociales y la percepción de similitudes o diferencias según su sexo. En un tercer apartado trataremos algunos indicadores de identificación con el «otro» grupo de los «adultos», considerando si viven con quienes desean vivir, por qué están a gusto en el hogar familiar y también sus principales problemas en el ámbito doméstico. En otro apartado estudiaremos la identificación con las instituciones. Finalmente, se exponen algunos otros factores, especialmente el papel de los medios de comunicación social y el paro, en lo que afectan a la construcción de la identidad de los jóvenes.

Es una aproximación empírica limitada, un paso más en una indagación que por supuesto no agota el tema ni abarca todo lo que entraña el concepto «identidad», pero que puede aportar nuevos datos y hacer más plausibles algunas de las hipótesis que se han vertido en otros estudios.

## 1.5 *Identidad consigo mismos*

Para cualquier persona y en cualquier tiempo, no ha sido tarea fácil formarse una personalidad armónica y equilibrada. Hay etapas en el ciclo vital con características peculiares por las que hay que «transitar» y que de por sí implican ciertos desequilibrios y desajustes, necesarios también para consolidarse más tarde. Es algo semejante al árbol joven que, al ser movido por el viento, fija mejor sus raíces y se asienta más en su terreno.

Tampoco es cuestión de hacer ahora del tema de la identidad un problema «de los jóvenes», como ya pasó con el de la «liberación»; pero parece cierto que, en nuestras sociedades actuales, en las de nuestro contexto económico-social, la formación de la propia personalidad presenta diferencias y dificultades distintas y peculiares en relación con otras épocas aún próximas.

Nos encuentra coincidentes la observación siguiente de Josep M. LOZANO: «La configuración consciente de identidades se encuentra ahora en suspenso, y se deja en manos de las inercias y de los tanteos de la vida. A una sociedad cada vez más corporativa (con respecto a las relaciones de poder y a la negociación de intereses) le corresponde una sociedad cada vez más tribal, desde el punto de vista cultural, en el marco arrasador de la cultura de masas. Si la identidad es (también etimológicamente) inseparable del identificarse —positiva o negativamente—, ahora la propia posibilidad de hacerlo es lo que se pone en cuestión, de manera que se deja casi por inútil» (LOZANO: 26).

Puede ser discutible si es la propia posibilidad de identificarse con alguien o con algo lo que hoy se cuestiona; casi puede decirse que no, puesto que los jóvenes sí se identifican con algunas cosas y marcan incluso niveles; en efecto, ciertos hechos, personas, cosas e instituciones son más aceptados por ellos que otros. Pero, en cualquier caso, lo que sí se puede considerar es que hoy existen en el contexto social una serie de factores que hacen

más problemática la consecución de una identidad personal con visos de tal.

No será superfluo señalar aquí alguno de esos factores ya detectados en diversos estudios «de valores» y de jóvenes:

- a) La fragmentación existente de los conocimientos; b) La complejidad cultural; c) La carencia de marcos referenciales dadores de significados; d) El pluralismo de centros débiles de atracción; e) La debilidad de algunos agentes socializadores tradicionalmente importantes pero hoy menos; f) La presión de unos medios de comunicación social aportando información difícilmente transformable en cultura; g) La ambigüedad de valores y el relativismo ideativo y actitudinal; h) Un pluralismo más caótico que vertebrador; i) Un pujante consumismo estimulando a tener y cosificador de seres por ello menos consistentes.

Estas tendencias, entre otras, dificultan el proceso de ser uno mismo, una misma. Pero también es cierto que otra serie de factores presentes en el entramado social pueden favorecer el proceso de identificación. Citemos también algunos de ellos:

- a) La mayor libertad para escoger; b) Los menores costos sociales otorgados a las opciones personales o colectivas, sean las que sean; c) La espontaneidad y el valor reconocido a la sinceridad; d) La apertura de opciones para ver, oír, leer lo que uno elija; e) La creciente aceptación de una privacidad que puede ser gozosamente creadora; f) La caída de la presión social en las elecciones personales; g) La libertad más respetada para que cada cual pueda optar y unirse a otros: libertad más concretada en libertades; h) Las facilidades técnicas de comunicación.

Los jóvenes son conscientes de algunos de esos factores e incluso de que, en parte, son rasgos que hoy les caracterizan en su condición de jóvenes. Tal es el caso del consumismo.

### 1.5.1 Autoimagen e imagen refleja: cómo se ven los jóvenes a sí mismos

En ese ejercicio de autoidentificación es oportuno preguntarse: ¿cómo se ven los jóvenes a sí mismos? ¿Qué rasgos consideran que los identifican más?

Muchas veces los adultos se dedican a describir a los jóvenes, pero son menos las veces en que tenemos respuestas de la juventud misma. En nuestro caso, hemos pedido información a los jóvenes sobre «cómo se ven ellos», y también sobre «cómo consideran que los ven los mayores».

TABLA 1.1

### Rasgos que caracterizan a los jóvenes según los jóvenes se ven a sí mismos y según creen que los ven los adultos

	A	B	A-B
	Se ven a sí mismos	Creen que los ven los adultos	
<i>Positivos</i>			
Maduros .....	16,9	13,4	+ 3,5
Tolerantes .....	17,8	9,7	+ 8,1
Sin prejuicios .....	28,0	20,5	+ 7,5
Generosos .....	17,7	8,2	+ 9,5
Solidarios .....	25,9	9,8	+16,1
Independientes .....	55,1	20,8	+34,4
<i>Negativos</i>			
Rebeldes .....	50,9	54,6	- 3,7
Egoístas .....	22,7	44,3	-21,6
Consumistas .....	50,5	45,0	+ 5,5
Viciosos .....	29,1	42,0	-12,9
Sin sentido del deber .....	16,9	45,9	-29,0
Sin sentido del sacrificio .....	16,8	41,4	-24,6

La imagen de la juventud que ella tiene de sí se caracteriza sobre todo por la independencia, rebeldía y consumismo. A continuación se consideran, en porcentajes relativamente significativos (uno de cada cuatro jóvenes), como carentes de prejuicios y solidarios, pero también como viciosos y egoístas. Son menos los que se ven como tolerantes y generosos.

La autoimagen que portan se define sobre todo en la línea de la libertad, en el tener bienes y en el «estar en contra», pero se reconocen con defectos, sobre todo en la línea de un individualismo egotista, y también se autocalifican como no carentes de vicios. En esta descripción no parece latir una autocomplacencia ni un ocultamiento de fallos. Rechazan, en general —dado el porcentaje relativamente escaso—, el verse como carentes de sentido del sacrificio o del deber, pero sí reconocen no ser «maduros».

Se pintan, pues, con virtudes y defectos, sin que parezcan ocultar unas u otros. Quizás es interesante destacar que uno de cada dos jóvenes se sabe y dice «consumista», es decir, es consciente de que la llamada «sociedad de consumo» los tiene bastante «enganchados». Por otra parte, parecen también conscientes de que la tolerancia no caracteriza a muchos jóvenes, lo que llama un tanto la atención cuando ese valor se suele presentar como bastante característico de nuestro tiempo.

Los integrantes de la juventud española no se ven, pues, muy «buenos» unos a otros, lo que probablemente confirma el pluralismo



que hay englobado en el término «juventud» y, como ya se indicó en un estudio precedente, habría que hablar más de grupos de jóvenes bastante distintos entre sí que de «la juventud» en general. (Cfr GONZÁLEZ BLASCO ET AL., 1989).

Que bastantes de ellos se consideren como «rebeldes» es casi un tópico del que participan también, dado que es un rasgo generalmente atribuido en todos los tiempos a cualquier generación de jóvenes. Hay también en esta autoimagen un reconocimiento de culpa, pues suponemos que ésta late en la mayoría de ese 29 % que se ven como «viciosos», sin que sepamos bien el alcance que ellos dan a ese calificativo. Tampoco se ven muchos como solidarios, y menos como generosos.

Podemos preguntarnos: ¿Por qué se ven así? No es de extrañar que en una sociedad lanzada al consumo, donde potentes medios creadores de opinión también incitan a ello, hasta los jóvenes se impregnen de tan desenfrenada apetencia. Quizás sea más curioso e interesante el hecho de que, según parece, los jóvenes son conscientes de que así son «consumistas». Al menos son lúcidos en el reconocimiento. Por otra parte, parece que han asimilado el valor de la libertad. Se notan muchos como «independientes», pero parece que esto tiene sobre todo un carácter individualista: uno se orienta hacia sí mismo, más bien

que hacer uso de esa independencia para realizar cosas «generosas» para los demás. Tampoco son extrañas esas tendencias cuando se encuentran tan difundidas en la sociedad de los adultos.

Claramente los jóvenes no se autoidentifican como jóvenes «ideales» sino como personas con pros y contras, aún en proceso de hacerse y de madurar, lo que implica la aceptación de que aún no están «maduros». Posiblemente este perfil de «joven» que pintan los jóvenes de sí mismos no agrada a muchos adultos, y de ello parece que son conscientes también los propios jóvenes, pues al responder a «cómo creen que los ven los adultos», los rasgos negativos se acentúan. Los jóvenes que no tienen una imagen excesivamente positiva de sí mismos, sino más bien de «claroscuros», consideran que los mayores los ven incluso algo peores.

Las características que componen la autoimagen de los jóvenes lógicamente están relacionadas entre sí. Así puede suponerse fácilmente que, por ejemplo, los que se vean como «generosos» tenderán generalmente a verse también como «solidarios», y que los «egoístas» no coincidirán fácilmente con los «generosos».

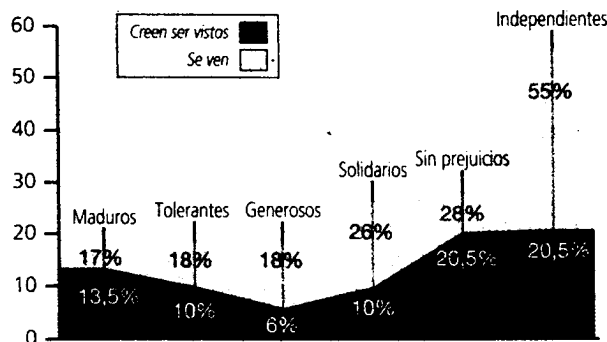
Relacionando algunas características de la autoimagen juvenil con otras variables, se detectan las tendencias siguientes:

#### Algunas características de la autoimagen juvenil según distintas variables

<i>Características</i>	<i>Los más altos porcentajes se dan en los casos siguientes</i>	<i>Variables más determinantes</i>
<i>Maduros</i>	Comunidad Valenciana, Madrid (bajos porcentajes en Cataluña, País Vasco); la clase media/media-alta; los jóvenes ubicados en la derecha política en general, pero igual en PP y PSOE; los que cursan estudios secundarios; los que están viviendo con su cónyuge u «otros».	Crece el porcentaje al crecer el tamaño de los municipios desde 50.000 habitantes; crece el porcentaje al elevarse la clase ocupacional.
<i>Rebeldes</i>	Castilla-León; algo más los chicos que las chicas; los jóvenes de clase baja-trabajadora; los situados en los extremos del espectro político en general, y también los que se autoposicionan como políticamente nacionalistas; estudiantes y trabajadores a tiempo parcial por cuenta ajena.	Crece al crecer el tamaño del municipio desde 10.000 hasta 50.000 habitantes; sobre todo los jóvenes de ámbitos rurales y los de las grandes ciudades; crece el porcentaje al decrecer la edad; cuanto más jóvenes se ven, más rebeldes; porcentajes altos entre los jóvenes que cursan los estudios primarios y secundarios o sólo cuentan con esos niveles completados; crece el porcentaje al descender la clase social ocupacional; más hasta los 18 años, luego decrece el porcentaje al aumentar la edad.
<i>Tolerantes</i>	Castilla-León, Galicia, Comunidad Valenciana, Madrid (muy baja en País Vasco); algo más en chicos que en chicas; los jóvenes situados en el centro izquierda del espectro político.	Al aumentar el tamaño de los municipios crece la tolerancia; crece el porcentaje al crecer la edad; crece el porcentaje al elevarse la clase social subjetiva; los porcentajes más bajos se dan en los extremos del espectro político.

**Gráfico 1.1**

**Cómo se ven los jóvenes y cómo creen ser vistos por los adultos en lo positivo (Índice 1-100)**



Fuente Tabla 1.1

Tratando de conseguir nuevas variables características de los jóvenes a partir de las aportadas en las respuestas obtenidas, hemos efectuado un análisis factorial que agrupe las conocidas en conjuntos relativamente homogéneos entre sí y al mismo tiempo diferenciados unos de otros.

Utilizando las medias obtenidas para cada característica juvenil, podemos ordenar éstas, detectando cuáles valoran hoy más los jóvenes al considerarse a sí mismos.

Como podemos apreciar, las tres primeras características destacan de las demás. Dos de ellas se refieren a las que podríamos deno-

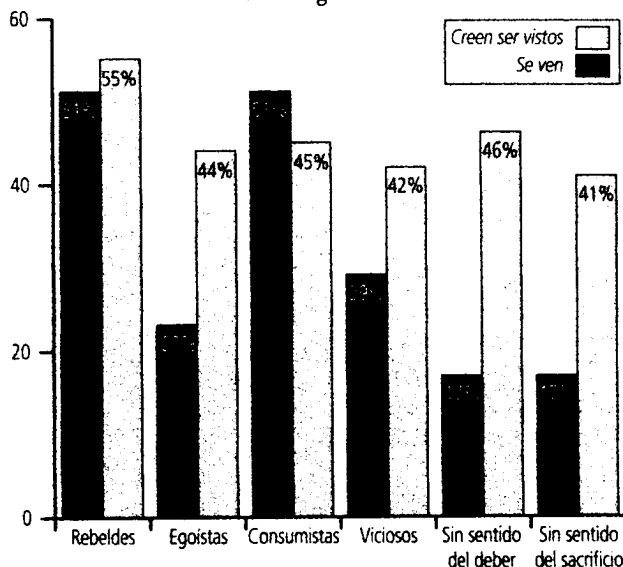
**TABLA 1.2**

**Características de la autoimagen juvenil ordenadas según valores de la media**

Orden	Aspectos	Media
1	Independientes .....	0,55125
2	Rebeldes .....	0,50924
3	Consumistas .....	0,50500
4	Viciosos .....	0,29101
5	Sin prejuicios .....	0,28017
6	Solidarios .....	0,25856
7	Egoístas .....	0,22714
8	Tolerantes .....	0,17782
9	Generosos .....	0,17691
10	Maduros .....	0,16917
11	Sin sentido del deber .....	0,16858
12	Sin sentido del sacrificio .....	0,16791

**Gráfico 1.2**

**Cómo se ven los jóvenes y cómo creen ser vistos por los adultos en lo negativo**



Fuente Tabla 1.1

minar «características convencionales» o «consustanciales» con la juventud: su deseo de independencia, por una parte, y cierta tendencia a la rebeldía propia de quienes están emergiendo con personalidad a la vida social. Lo que no deja de sorprender un poco es el hecho de que en tercer lugar se sitúa la característica de «consumistas», muy cercana, según la media, a las dos anteriores. Luego se van alternando aspectos positivos y negativos de la autoimagen que los jóvenes tienen de sí mismos, situándose en los últimos lugares la madurez, y especialmente la falta de sentido del deber y del sacrificio. Por esta ordenación se detecta también que los jóvenes son conscientes del bajo valor que conceden a lo que implica donación a los demás y de su poca capacidad para asumir situaciones o aceptar a personas que les exijan esfuerzos, sacrificios.

Las doce características sometidas al análisis factorial nos permiten descubrir tres factores más amplios que las agrupan en esos tres conjuntos.

Las características de la autoimagen juvenil que se recoge en el *Factor 1* se refieren básicamente a carencias detectadas por los jóvenes en ellos mismos, lo que podemos también llamar *contravalores*, nombres con los que designamos este Factor. En él se agrupan rasgos de un individualismo egotista (factorial 0,64610) con una cierta carencia de responsabilidad social y de sentido del deber (factorial 0,57917), junto a una tendencia a evadirse de lo fuerte, de rehuir el sacrificio (factorial 0,67091) y a situarse, por tanto, en lo blando, ligero, y procurar gozar de algunos «vicios»

Gráfico 1.3

Autoimagen de los jóvenes ordenada en sentido decreciente



Fuente: Tabla 1.2

más o menos tolerados socialmente (factorial 0,60678). Todo ello conjugado con las pautas de poseer bienes, de «consumir cosas-para-sí» (factorial 0,44667). Este *Factor 1* es el más importante y «explica» el 16,6 % de la autoimagen de los jóvenes según el porcentaje de varianza.

Las componentes de esa autoimagen que se recogen en el *Factor 2* hacen referencia a valores positivos desde un punto de vista social y puede considerarse que constituyen la *riqueza* de la imagen juvenil. Por ello, a ese *Factor 2*

lo denominamos con esas acepciones: *valores o riqueza*. Lo constituyen cinco componentes: solidaridad, tolerancia, generosidad, madurez y carencia de prejuicios. Son rasgos que los jóvenes también aprecian en su propia imagen por ese orden de importancia, según sus respectivos factoriales. El conjunto de estas componentes explica algo menos que las anteriores la autoimagen juvenil (el 14 % de la varianza total es atribuible a este factor).

En cierta forma, este segundo *Factor* equilibra lo que puede considerarse negativo en el primer *Factor*, ya que son características que recogen actitudes de apertura a los demás, aceptación de «los otros» y, en definitiva, de una cierta madurez considerada con las otras personas. Representan «el lado bueno» que los jóvenes ven en sí mismos y que desdice de las posturas de aquellos, sobre todo adultos, que tienden a identificarlos casi exclusivamente con rasgos negativos.

Finalmente, en el *Factor 3* se agrupan dos componentes que podemos considerar «previsibles» en los jóvenes. Por tanto, denominaremos a este *Factor* como *convencional o consustancial*, dado que también la independencia y cierta rebeldía son tales pensando en los jóvenes. Como hemos visto por sus medias más altas, éstos son los dos rasgos más destacados por los jóvenes, pero no son tan importantes, pues conjuntamente alcanzan la menor proporción (9,4 %) de la varianza total.

CUADRO 1.1

FACTORES	
I. CARENCIAS O CONTRA-VALORES (Incluye las características siguientes de la autoimagen juvenil)	
1	Sin sentido del sacrificio
2	Egoístas
3	Viciosos
4	Sin sentido del deber
5	Consumistas
II. RIQUEZA O VALORES (Incluye las características siguientes de la autoimagen juvenil)	
6	Solidarios
7	Tolerantes
8	Generosos
9	Maduros
10	Sin prejuicios
III. CONVENCIONAL O CONSUSTANCIAL (Incluye las características siguientes de la autoimagen juvenil)	
11	Rebeldes
12	Independientes

TABLA 1.3

Análisis factorial de componentes principales de las características de los jóvenes (autoimagen)

Características	Factor 1	Factor 2	Factor 3
1 Sin sentido del sacrificio	67091	00662	-20804
2 Egoístas	64610	02887	07424
3 Viciosos	60678	02865	22555
4 Sin sentido del deber	57917	-06425	-06141
5 Consumistas	44667	14098	08145
6 Solidarios	01934	66729	24932
7 Tolerantes	03333	61896	-23305
8 Generosos	03346	60762	06070
9 Maduros	07994	46719	-30658
10 Sin prejuicios	14333	45257	27208
11 Rebeldes	27542	-10757	67926
12 Independientes	25090	19404	55854
Eigen Value (varianza explicada por cada factor)	1.99677	1.68208	1.13007
% Varianza (% de la varianza total atribuible a cada factor)	16,6	14,0	9,4
% Acumulado	16,6	30,7	40,1

**Autoimagen e imagen refleja: diferencias según los jóvenes**

<i>Difieren poco en que los jóvenes son:</i>	maduros rebeldes consumistas
<i>Difieren mucho en que los jóvenes son:</i>	independientes sin sentido del deber sin sentido del sacrificio egoístas
<i>Difieren moderadamente en que los jóvenes son:</i>	solidarios viciosos generosos tolerantes sin prejuicios

Los tres factores —*carencias, riqueza y consustancialidad*— en que se pueden agrupar todas las características estudiadas de la autoimagen juvenil dan cuenta de casi el 40 % de toda esa autoimagen, quedando, pues, una serie de «factores únicos» no considerados aquí.

Si tomamos cada variable en función de los tres factores comunes hallados<sup>1</sup> (F<sub>1</sub>, F<sub>2</sub>, F<sub>3</sub>) y consideramos lo que esos factores «explican» de esa variable<sup>2</sup>, hallamos que lo que hemos llamado *carencias, riqueza y convencionalismo* juntos dan cuenta, por ejemplo, de casi la mitad<sup>3</sup> de la característica «rebeldía» con que se autoidentifican los jóvenes al describir su propia imagen, mientras que la otra mitad vendrá dada por un factor específico o único, propio de esa característica. Factor único que aquí no hemos considerado.

Si llamamos «autoimagen» a la que los jóvenes tienen de sí mismos e «imagen refleja» a la que los jóvenes consideran que tienen los adultos sobre ellos, encontramos que, como era previsible, hay una discrepancia entre ambas, en el sentido de que la autoimagen es mejor que la «imagen refleja considerada en los adultos». En general, los jóvenes se ven en mayor proporción que los adultos en los aspectos positivos y en mucha menor proporción en los rasgos negativos. La distancia de ambas imágenes es, en general, más pequeña en lo positivo y mucho mayor en lo negativo. Así, los jóvenes casi coinciden en que su imagen y la que de ellos tienen los adultos discrepa muy poco en cuanto a verse como maduros y rebeldes. No hay mucho distanciamiento en la apreciación de ser «consumistas»; incluso, bajo este aspecto, los jóvenes se ven más consu-

mistas de lo que piensan que les consideran los mayores. Puede ser que a los jóvenes —aun reconociéndose tales— no les agrade mucho ser tan consumistas, pero que piensen que los mayores aún valoren menos ese rasgo juvenil suyo.

Los jóvenes piensan, por otra parte, que los adultos los consideran con mucho menos sentido del deber, del sacrificio y mucho más egoístas, a la vez que mucho menos independientes, de como los mismos jóvenes se consideran.

En el Cuadro 1.2 hemos resumido las mayores coincidencias y discrepancias, «calculadas» entre la que hemos llamado «autoimagen» de los jóvenes y la «imagen refleja» que de ellos tienen los adultos.

Esto pone de manifiesto que los jóvenes creen que los adultos les reprochan sobre todo su carencia de las que se denominan a veces «virtudes fuertes»: sentido del deber y de sacrificio, así como que viven fundamentalmente pensando en ellos mismos, en que son egoístas. Por otra parte, los jóvenes perciben que los adultos no los consideran «tan independientes» como ellos se creen a sí mismos.

¿Qué puede estar ocurriendo para que se tengan esas percepciones? Podemos proponerlos para la reflexión de todos, jóvenes y adultos, algunas hipótesis, basadas parcialmente en determinados hechos sociales constatados.

**TABLA 1.4**

**Valor de las comunalidades**

<i>Característica</i>	<i>Comunalidad</i>
P62A01: Maduros .....	.31865
P62A02: Rebeides .....	.54946
P62A03: Tolerantes .....	.43853
P62A04: Egoístas .....	.42379
P62A05: Sin prejuicios .....	.29948
P62A06: Consumistas .....	.22602
P62A07: Generosos .....	.37401
P62A08: Viciosos .....	.42170
P62A09: Solidarios .....	.50781
P62A10: Sin sentido del deber .....	.34334
P62A11: Independientes .....	.41269
P62A12: Sin sentido del sacrificio .....	.49345

*Comunalidad*: proporción de la varianza considerando los factores comunes.

<sup>1</sup> Teniendo en cuenta que el análisis factorial de componentes principales lo hemos realizado por el sistema de votación Varimax, y el método de normalización de KATSER como medida de la adecuación muestral.

<sup>2</sup> Proporción de la varianza explicada por los tres factores comunes.

<sup>3</sup> Comunalidad para la característica «rebeldes»: 0,54946/54,9 %. Tabla E.

Puede ser que los adultos, especialmente los padres, tengan conciencia de que ellos son los que mantienen los gastos, el funcionamiento y el nivel de confort del hogar familiar, así como el sostenimiento económico personal de los hijos. A la vez, puede ser igualmente que tengan una cierta sensación de que los hijos, aunque valoran positivamente el hogar, en realidad, más que «compartirlo», lo «usan». Es decir, se benefician de él más que contribuir al mantenimiento y desarrollo del mismo, no sólo ni principalmente en lo económico. Puede ser también que vaya calando en los adultos la idea, realidad en muchos casos, de que los jóvenes se «apalanca» confortablemente en el hogar paterno y no tienen prisa por dejar esa situación.

Los jóvenes, por su parte, consideran que ese apoyo humano, afectivo y económico es lo «natural», lo «normal», y que eso no debe condicionar ni limitar su libertad e independencia ni para tomar decisiones sobre su futuro ni para salir o entrar en casa a las horas que deseen, del día o de la noche; ni que ello les exige una concordancia ideativa con lo que piensan sus padres. Eso puede darse o no, pero es o no es causa alguna que deba crear tensiones; ni que tengan que contribuir, especialmente los chicos, mucho más de lo estrictamente necesario a algunas de las múltiples y no tan «pequeñas» tareas del hogar. En el fondo se plantea la duda de si muchos de los hogares actuales son una auténtica comunidad humana o más bien están derivando en pequeñas sociedades de apoyo mutuo, pero donde las personas actúan de hecho por intereses más funcionales que otra cosa: una especie de relativamente eficaces y gratificantes confederaciones de «individualistas estados libres asociados».

Por otra parte, esta situación de los jóvenes del disfrute del confort posible —confort físico, mental y moral—, minimizando la dependencia y los deberes y maximizando la independencia, al parecer no dejan de crear en los mismos jóvenes una cierta conciencia; de ahí los datos, ya vistos, de que esa situación actual no agrada mucho a los adultos, quienes «demandan» más responsabilidad, sentido de sacrificio, cumplimiento de deberes y menos egoísmo en los jóvenes. Pero podemos preguntarnos: La sociedad adulta actual, ¿enseña, socializa y trata de transmitir a los jóvenes esos rasgos?

A juzgar por los estudios con que contamos, la respuesta es más bien negativa: la familia española hoy transmite poco esos valores. Así,

nos podemos ir encontrando una situación curiosa y penosa —de hecho puede ser que ya estemos bien instalados en ella—: los jóvenes creen que la imagen que tienen los adultos sobre ellos es bastante negativa en una serie de rasgos importantes como los que ahora comentamos; los jóvenes son conscientes de esto pero no creen carecer tanto de esos valores. Por otra parte, los adultos no saben, no pueden o no quieren transmitir valores sociales «fuertes», tales como sentido del deber, sentido del sacrificio o generosidad. De esa forma se llega a cierto estancamiento social en el intercambio relacional jóvenes-adultos, al aceptar ambos una situación defectuosa que se reconoce insatisfactoria y mediocre pero que no crea tensiones explícitas, aunque las mantiene latentes.

Lo anterior nos lleva también a otras dos reflexiones. En primer lugar, que los jóvenes son bastante más conscientes de sus defectos, son mucho menos frívolos de lo que a veces se cree en algunos segmentos sociales adultos. El perfil que dibujan de ellos mismos en su autoimagen contiene aspectos y rasgos bastante negativos; es un perfil poco «autocomplaciente». En segundo lugar, y quizá más importante, muchos de los problemas y carencias de los jóvenes son también, y en casi igual medida, deficiencias de los propios adultos o de su forma de actuar. El llamado a veces *problema de la juventud* es más bien «problema de todos», por lo cual habría que dejar de hacer de la juventud «el problema» y buscar todos líneas de respuesta a los problemas comunes.

### 1.5.2 *Las experiencias vitales y su influencia*

Reflexionando sobre el «presentismo» de la vida actual y su relación con la identidad, y en especial cómo los jóvenes se aferran al presente, Josep M. LOZANO señala muy lúcida y acertadamente: «En este momento la vida se percibe básicamente como un presente en cambio constante. La identidad no está hecha de contenidos ni mediatizada ideológicamente. La identidad es el sentimiento de compartir unos determinados signos de identificación que son móviles, potencialmente intensos, repetitivos y provisionales, músicas y espectáculos deportivos. Si la vida (presente) es esto, lo más lógico y coherente es no estar muy comprometido. No es tiempo de dogmatismo, ni puede tener lugar en él: todo puede ser o dejar de ser, sin duda, pero todo “depende”».

**TABLA 1.5**

**Experiencias que han influido en sus vidas**

<i>Naturaleza</i>	<i>Han tenido experiencias de ese tipo</i>	<i>Consideran el resultado positivo</i>
Cultural .....	26,9	95,8
Espiritual, mística .....	8,9	94,0
Religiosa .....	14,8	89,9
Parapsicología .....	4,2	73,7
Sexual .....	19,9	94,4
Enamoramiento .....	44,5	87,5
Relaciones personales .....	43,9	91,7
Política .....	5,7	76,7
Desgracia personal .....	11,6	24,0
Desgracia familiar .....	16,6	15,0

«En cualquier caso, la clave para comprenderlos o tratar con ellos (con los jóvenes) no son las ideas, sino las experiencias y los espacios significativos, y los vínculos más “reales” los que tienen con quien comparten experiencias y espacios significativos, y no con los que conviven durante más horas. La cuestión, por tanto, no es sólo lo que dicen, hacen o dónde pasan más tiempo, sino cuáles son sus experiencias significativas, de más o menos intensidad y/o calidad».

«La identidad —siempre potencialmente móvil— es el resultado de compartir signos o referencias identificadores» (LOZANO: 26).

Aunque habría que matizar algo la rotundidad de la afirmación de que «la identidad no está hecha de contenidos ni mediatizada ideológicamente», en el sentido de que lo ideativo y los contenidos cognoscitivos también siguen jugando un papel importante hoy, aun disminuido, dadas las tendencias socio-culturales predominantes, es cierto el valor que han adquirido las experiencias vitales significativas.

No todas las experiencias son de esa índole, y sólo algunas «dejan huella», positiva o negativamente. Por otra parte, las experiencias pueden darse en distintos campos o aspectos del humano vivir. Así pueden haber ocurrido en el terreno cultural, religioso, relacional humano o político. Además, las experiencias son a veces buscadas activamente; otras veces pueden ser ellas las que se imponen al devenir de los seres humanos.

Como el tema tiene su interés y había sido poco investigado, hemos hecho una aproximación empírica al mismo, introduciendo unas preguntas en el *Cuestionario* que analiza este trabajo.

Se pedía también una evaluación global personal del resultado de esas experiencias vitales, caso de haberlas tenido. Consideradas las respuestas de los jóvenes, encontramos que en algunos casos, la mitad aproximadamente de los jóvenes han tenido experiencias que han tenido influencia en sus vidas, que han afectado a su identidad, lo que confirma relativamente la hipótesis de la importancia de dichas experiencias.

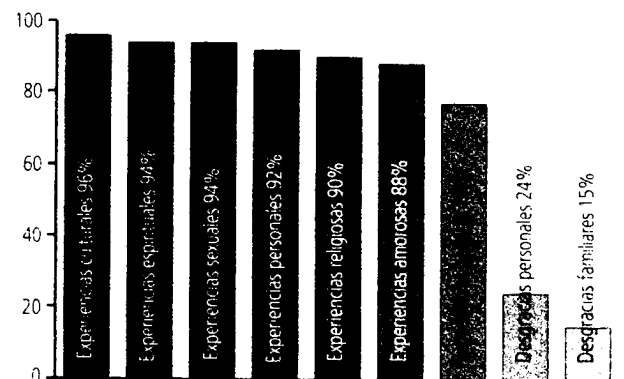
El área de las relaciones humanas interpersonales se muestra como aquella en que se dan más frecuentemente esas experiencias para los jóvenes, y con mayor énfasis el tipo especial de relación que constituye «enamorarse» de otra persona. El intercambio, pues, persona a persona parece constituir hoy el medio experiencial significativo más fuerte para los jóvenes.

No podemos deducir el tipo concreto de esas relaciones, si son charlas amistosas, intercambios ideativos, emociones compartidas u otros; pero en cualquier caso la interrelación personal habrá tenido que ser de cierta calidad y profundidad para que haya causado un impacto significativo en la vida y personalidad de quien la experimentó. En la gran mayoría de los casos se dice que ese tipo de experiencias resultan «positivas»; incluso es algo mayor, porcentualmente, el número de jóvenes que destacan las normales relaciones interpersonales y algo menor —aunque también en alto porcentaje— el de los que experimentaron como positivo el «enamoramiento».

Lo anterior hace también pensar que los adultos, lo mismo quizás que los propios padres, pueden encontrar en ese tipo de relación

**Gráfico 1.4**

**Porcentaje de jóvenes que atribuyen un resultado positivo en sus vidas a experiencias de diversa naturaleza**



Fuente: Tabla 1.5



persona a persona un buen «espacio» de encuentro con los jóvenes. Quizás también sea útil que padres, profesores y familiares cercanos a los jóvenes revisen su disponibilidad, su accesibilidad y plausibilidad para ese tipo de relaciones individualizadas y personalizantes. Una educación masificada, meramente normativista e informativa puede resultar muy negativa como formación y difícilmente creadora de espacios de encuentro persona a persona. El dato, por otra parte, puede reflejar la carencia de identificación personalizante que hay en una sociedad donde la apariencia va desplazando al ser, donde el «tener» va ahogando en un bien-estar al «bien-ser». Los jóvenes, al menos, consiguen experimentar en esas relaciones interpersonales algo que les interesa e impacta.

La segunda área de importancia donde los jóvenes dicen haber tenido experiencias significativas en su vida es lo que genéricamente llamamos «lo cultural». Ha podido ser la lectura, el cine, la música, el teatro o la pintura. El hecho es que más de uno de cada cuatro jóvenes (26,9 %) han tenido alguna experiencia cultural que ha influido en su vida. La vida cultural de los jóvenes no parece ser tan precaria como a veces puede pensarse, a juzgar por el papel que juega en un porcentaje relativamente importante de jóvenes.

Los índices de lectura, de compra de libros, de asistencia a actos culturales no señalarían a priori ese relativo impacto de lo cultural en la vida de muchos jóvenes. Por otra parte, esto se da en un país como España, en que la

propia vida cultural es más bien débil, no sobrada ni de profundidad ni de «productos» de verdadera calidad.

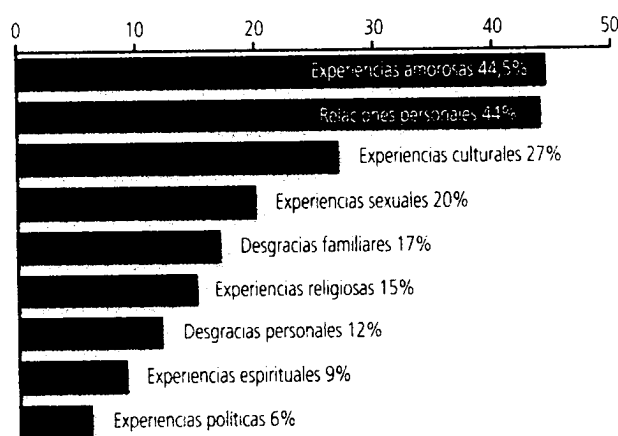
Una hipótesis posible que «explicaría» el hecho señalado de cierto impacto en los jóvenes puede encontrarse si suponemos que la música, especialmente un tipo de música muy acorde con los gustos juveniles, es el «hecho» cultural que ha podido impactar en sus vidas. De la observación que cualquiera puede realizar cotidianamente se deduce la constatación de que los jóvenes «consumen» mucha música. Discos, cintas, vídeos musicales, aparatos personales y familiares de audición son materiales ampliamente usados por jóvenes. Hay medios de comunicación social, sobre todo emisoras, casi destinados en exclusiva a aportar programas musicales, muchos de ellos emitidos básicamente para jóvenes. Muy probablemente ese oír, e incluso producir música, junto a crear o participar en «conjuntos» o «grupos» musicales, tenga bastante que ver con la fuerza de ese factor «cultural» como dador de experiencias personales significativas para los jóvenes. De cualquier manera, es un hecho en principio muy positivo que lo cultural se constituya como un espacio relativamente importante en las experiencias juveniles.

En tercer lugar, pero ya a considerable distancia de los anteriores, en especial de la interrelación personal, se sitúan las experiencias sexuales, que constituyen para dos de cada diez jóvenes (19,9 %) el tipo de experiencias vitales que han influido en sus vidas. En una sociedad con una creciente permisividad en este campo, parece más bien escaso ese porcentaje de jóvenes, especialmente si nos dejáramos llevar por lo que se habla y la importancia que en muchos medios se da a lo sexual. Comparativamente, las «experiencias sexuales» de los jóvenes no son tan significativas, considerando el porcentaje de ellos que las han apuntado, frente a las culturales y a las relacionales.

Ante estos datos podemos preguntarnos si no se está supervalorando, «inflando», lo sexual y su papel en el mundo juvenil. Además, esa hiper-importancia concedida a lo sexual ¿no es hecha más por los adultos que por los jóvenes? Parece que sí, que no es tan significativo para los jóvenes, y que probablemente es más cosa de adultos la excesiva importancia que se concede a lo sexual. Otro dato aportado por los jóvenes nos pone de manifiesto la relativización que los jóvenes otorgan a lo sexual: sólo una pequeña minoría de jó-

**Gráfico 1.5**

**Porcentaje de jóvenes que han tenido diversas experiencias que han influido en sus vidas**



Fuente: Tabla 1.5

venes, el 2,9 %, afirma que la «realización sexual» es cosa importante en sus vidas.

Quizás todo ello está significando varias cosas en los jóvenes:

a) Que ya se consideran «liberados» en ese campo; b) que consideran lo sexual como algo privado, donde las normas dadas «desde fuera», sea quien sea la agencia que las promulgue, tienen poca recepción; c) que si bien es importante, lo sexual no es tan clave, tanto como lo consideran los adultos.

Puede ser que tras varios años de «liberación sexual» promovida por los adultos que están más bien obsesionados por ello, ya están viviendo en la vida social generaciones de jóvenes para quienes lo sexual es un medio de disfrute, algo a lo que no hay que darle tanta importancia, sino algo para «usar y tirar», algo un tanto banal, que se practica «cuando se puede y quiere» sin más, algo que no hay que cargar de responsabilidad y aún menos de culpabilidad. Para los jóvenes parece más bien ser un medio conectado sólo con su capacidad para el placer.

Así, los datos anteriores pueden tener otra interpretación posible: los jóvenes han «normalizado» la sexualidad en un sentido relativista, trivializante, efímero y personalista, no personalizante, lo que no deja de tener importancia social.

En la sociedad actual la sexualidad que se está presentando como separada de la fecundidad, reducida casi a lo genital, carente de misterio y ceñida casi sólo a una función biológica, va perdiendo significado. Rotos los tabúes, se la enfoca desde el punto de vista de un placer inmediato e instintivo, procurando evitar posibles riesgos y desconectándola de cualquier responsabilidad; se convierte, así, en distracción y consumo fácil que al rutinizarse debe exacerbarse para que pueda seguir produciendo placer, procurando buscar nuevas formas y un aumento creciente de los estímulos, lo que a su vez provoca cansancio y cierta insatisfacción.

En muchos casos, la utilización que se hace de la sexualidad, más que ayudar a edificar la personalidad, la disuelve, e incluso se está usando como «goce inmediato» para compensar frustraciones personales en otros campos; a veces tiene una función de verdadera alienación personal, lo que algún autor ha denominado «narcótico de la ansiedad»<sup>1</sup>.

Se puede decir que la sexualidad en nuestros días se ha divulgado, popularizado y privatizado en sus experiencias, ha perdido en ritualismo y se realiza fuera o dentro de la institución familiar, con lo que ha crecido en extensión y visibilidad social, pero decrecido en calidad humana. Se habla ya de «sexo frío» y de «consumismo» del sexo. La creciente diferenciación práctica del amor y el sexo, así como la disociación que se va produciendo entre lo erótico, lo sexual y la aceptación intrusiva, integral, de la totalidad de la otra persona, están también produciendo esa banalización del sexo.

Era necesaria una cierta liberación sexual, pero, como se ha indicado recientemente, «el hecho de esa liberación sexual no está libre de otras nuevas muy posibles constricciones: como el consumismo utilitarista, la explotación de la persona, cierto tipo de coacciones sociales, la banalización, rutinización, anomía y confusiónismo» (ARTADI: 1989).

No es extraño que, viviendo en ese contexto, los jóvenes —según sus valores— se hayan marcado sus diferentes interpretaciones de la sexualidad, teñidas todas de lo que «están viendo» en los adultos. De una percepción de «represión sexual» se desencadenó un proceso social de «liberación sexual», que puede estar conduciendo, pese a los deseos de diferentes segmentos sociales, a una práctica «banalización de la sexualidad».

Asumir la sexualidad de forma profunda y personalizante está lejos de ambas posiciones. Una acepción banalizante de lo sexual identifica y personaliza al menos tan deficientemente como una acepción represiva de la misma.

De acuerdo con los datos y en el clima social señalado, los jóvenes consideran muy poco la autorrealización sexual frente a otros objetivos más importantes en sus vidas, y solamente 2 de cada 10 jóvenes han tenido experiencias sexuales con impacto en sus vidas, muy lejos de otras experiencias relacionales o culturales.

En cuarto lugar, según el porcentaje de jóvenes que dicen haberlas tenido, se sitúan las experiencias religiosas. Un 15 % de jóvenes manifiestan que experiencias personales en ese campo han resultado decisivas y mayoritariamente (89,9 %) positivas en sus vidas. Incluso un porcentaje cercano al 9 % de jóvenes indican haber tenido experiencias de tipo «místico, espiritual» significativas en sus vidas, experiencias muy positivas en la mayoría (94 %) de los casos.

<sup>1</sup> LÓPEZ IBOR, J. J.: Comentario radiofónico.

Estos datos constatan, por una parte, cierto declive de lo religioso, ya que son menos los jóvenes que tienen experiencias en este campo en comparación con lo que se da en el terreno de las relaciones humanas y culturales; pero por otra parte confirman que el «factor religioso» sigue permaneciendo como referente experiencial vitalmente significativo para algunos jóvenes. Incluso llama la atención que el porcentaje en las experiencias religiosas no se distancie tanto del de las experiencias sexuales, cuando socialmente este segundo está muy potenciado en la sociedad por todos los medios, especialmente por los llamados medios de comunicación social, mientras que el tratamiento de lo religioso es mucho menos frecuente, cuando en general no es escaso, malo o agresivamente presentado en el contexto social moderno.

Quizás sea conveniente señalar que «experiencias religiosas» habidas por el conjunto porcentual de jóvenes que se indica, aunque en general han resultado muy positivas para ese grupo, no pueden traducirse casi automáticamente como experiencias que «lleven» a una mayor aceptación de lo religioso vivido en la Iglesia. Puede ser esto; pero también puede que esas experiencias sean sólo significativas personalmente en un plano espiritual o religioso, pero no «eclesial».

Otros hechos pueden avalar esa duda: el crecido porcentaje de jóvenes que dicen «orar» y, a la vez, el porcentaje también crecido de jóvenes que dicen que la religión y la Iglesia, lo que ésta dice, tienen poca repercusión en su vida cotidiana. Quizás aquí se pueda apuntar que la disociación entre lo espiritual en general (en el sentido de creer que hay algo «por encima» o que «trasciende» a la persona), lo religioso (en el sentido de creer en la existencia de un Dios más concreto) y lo eclesial (o vivir esa fe en Dios en comunión institucionalizada con otros) es un hecho emergente de bastante importancia.

Muy pocos jóvenes (4,2 %) han tenido experiencias en el terreno de la parapsicología, lo que no deja de ser un dato interesante cuando en la sociedad actual se presenta lo parapsicológico como algo con relevancia, a juzgar por el número de películas que divulgan esa temática, la venta de libros que airean la misma, los programas especiales de televisión que se le dedican y el conjunto de adivinos y parapsicólogos de ambos sexos que incluso se anuncian ofreciendo sus «poderes».

La realidad parece ser, a tenor de los datos, que en pocos jóvenes calan este tipo de ex-

periencias (4,2 %) y, además, en este caso las experiencias parapsicológicas, aunque en general (73,7 %) han resultado positivas para ese grupo de jóvenes, el porcentaje desciende respecto a otro tipo de experiencias. ¿Los medios de comunicación social y otros sectores sociales «reflejan», en este caso, el interés social, o más bien están creando el interés al exponer a la visibilidad social lo parapsicológico? Parece, más bien, que en este caso «el medio es el mensaje», en términos de McLuhan.

La política no aparece como un espacio de experiencias vitales para los jóvenes; sólo un 5,7 % de ellos dicen haber tenido tales experiencias políticas. En más de dos de cada tres casos esas experiencias han resultado positivas, y aunque el porcentaje es alto, sin embargo es inferior a los resultados obtenidos —según los jóvenes— en otros tipos de experiencias.

Sigue aquí constatándose algo ya puesto de manifiesto en estudios anteriores: la poca importancia que conceden los jóvenes a la política y a los políticos, la baja confianza que les merecen ésta y sus protagonistas.

Todo ello no deja de seguir siendo un tanto negativo, pues esa desconexión, desencanto y —en parte— rechazo claro de la política por parte de los jóvenes pone en duda un asentamiento más profundo de la democracia, mayoritariamente aceptada por los jóvenes pero no participada suficientemente. Esto es más importante porque la mayoría de los jóvenes de 1994 prácticamente sólo han vivido el sistema democrático, que no acaba de merecerles mucha confianza en cuanto a los resultados. Ese «desencanto» ante lo político hace que sean muy pocos los jóvenes que se afilien a partidos y tengan experiencias en ese campo. El desarrollo en la práctica del sistema democrático, las dificultades económicas agravadas, el desempleo que afecta mucho a los jóvenes y la conducta de los políticos, que no parece merecer su aprobación, pueden ser otras tantas razones para marginar la política. A lo anterior se une el hecho de que «lo público», en general, se valora menos y los jóvenes, como también muchos adultos, valoran más lo privado-familiar. Ocuparse, pues, de la *res publica* no atrae en una época de creciente individualismo y de tendencias pragmatistas en los comportamientos sociales. Esto también ha podido influir en los jóvenes a la hora de valorar la política y a sus actores.

Entre las diversas experiencias que una persona puede tener hay un tipo especialmente

significativo: las desgracias que pueden ocurrir. La experiencia del dolor puede ayudar a madurar las identidades, puede personalizar, o bien —dependiendo de su aceptación y tratamiento— servir de poco e incluso desestabilizar la persona.

Por «desgracia» entendemos tanto un suceso que causa un gran dolor o daño como cualquier motivo de aflicción o pesar, así como la pérdida de favor, consideración o afecto, o la irrupción de alguna desventura. La «mala suerte» puede ser o no una componente de la desgracia. Ha interesado conocer si los jóvenes han tenido ese tipo de experiencias vitales de «desgracias» y cuál es la valoración de los resultados, en su caso, respecto a sus personas. ¿Han sacado algo positivo de esas experiencias, dolorosas o no? Sométimos a los jóvenes dos tipos de experiencias posibles: las desgracias familiares y las personales. Las contestaciones de los jóvenes ponen de manifiesto dos hechos:

1/ El porcentaje relativamente escaso de jóvenes que han tenido ese tipo de experiencias: entre el 12 y el 17 %; 2/ para la mayoría de los jóvenes que las han tenido, el resultado no ha sido positivo.

Una primera reflexión que sugieren esos hechos es que la mayoría de los jóvenes viven fuera del ámbito de desgracias familiares o personales que tengan repercusión en sus vidas. La mayoría de ellos se sitúa en un terreno tal que esas desgracias, que pueden llegar, dejen poca huella en su existencia.

¿Qué puede estar ocurriendo? Que los jóvenes traten de orillar las desgracias, o bien que las estén soportando lo más livianamente posible esperando que pasen, pero muy lejos de vivirlas humanamente y de asimilarlas profundamente. Sólo unos pocos jóvenes han vivido esas experiencias y para ellos fueron mayoritariamente experiencias «negativas»: o no les sirvieron de nada o deterioraron su existencia.

Por otra parte, las desgracias son un dolor que viene a uno directamente o al círculo más cercano de lo familiar, pero —a diferencia de otro tipo de experiencias— éstas no son buscadas sino que «asaltan» a la persona concreta. Estas notas de «afectación sorpresiva» e «individualización» posiblemente hacen que las desgracias dejen huella en pocos y que aun en éstos la huella sea más bien negativa.

Una razón básica que, en buena parte, explica las actitudes de los jóvenes ante este tipo de experiencias puede estar en el talante de

la sociedad actual, donde se da un claro predominio del hedonismo, de lo lúdico, del placer. Un placer que se trata de experimentar en el momento posible —presentismo—, polisensual y somatizado, es decir, que se note corporalmente a través del mayor número posible de sentidos.

En una sociedad así el dolor es mal recibido y peor aceptado; por eso resulta culturalmente negativo. Los jóvenes, en su mayoría, como posiblemente también los adultos, no son una buena cuenca de recepción para el dolor que puede llegarles, o bien «no saben» entenderlo o se quedan «sin contestar», en el asombro cuando el dolor los golpea. Lógicamente, apenas son capaces de extraer del dolor los elementos formativos y personalizantes que tiene. El dolor que no es comprensible ni plausible es menos reconocido y explotado como algo que puede también aportar aspectos positivos para la persona que lo afronta.

En este contexto socio-cultural el dolor no pone a prueba; más bien solamente «atonta» o irrita a muchas personas. Sin embargo, está presente también en la sociedad relativamente desarrollada en que vivimos, pero no se lo quiere ver, ni se lo sabe tratar si llega. Por otra parte, el dolor en esta sociedad no parece ya que sea la otra cara de la alegría, sin la cual ésta tiene menos sentido. El gozar se considera, sobre todo, como derecho «libre de impuestos»; ya no es visto como una contraprestación al dolor de producir, de la creatividad. La tendencia socio-cultural dominante en este terreno parece ser el gozar sin pasar por fielato doloroso alguno. Por ello, el dolor se evita y, si nos asalta con su realidad, se lo repudia. No es, pues, extraña la actitud de los jóvenes cuando la sociedad incluso trata de aparcar o disimular la vejez y maquilla la muerte, el gran dolor del desaparecer terrenal. Desde luego, los datos muestran que ese dolor no aparece como un «espacio» de experiencias significativas para los jóvenes actuales.

Es claro, por otra parte, que la tendencia natural de cualquiera es a defenderse y a evitar el dolor. No es que haya que ensalzar y buscar el dolor; pero como es un hecho inevitable, parece incluso poco funcional que los jóvenes minusvaloren ese hecho y sepan sacar, cuando la desgracia viene, tan pocas cosas positivas de la misma.

¿Cómo encajan entonces los jóvenes la desgraciada experiencia del paro, por ejemplo, que afecta a muchos? Posiblemente, doblegán-

dose sin saber por qué o sufriendola porque «no hay más remedio», o bien rechinando de rabia y esperando que pase cuanto antes. Tal parece ser la tendencia de una sociedad que es lógico que no quiera las desgracias, pero no lo es que no prepare a los jóvenes para saber

afrontar dolores que se presentan en la vida de todo ser humano.

Relacionando algunas de las experiencias que han tenido los jóvenes y que han influido en sus vidas con otras variables, se detectan las tendencias siguientes:

### Experiencias de distinto tipo que han influido en sus vidas

<i>Tipos de experiencias</i>	<i>Los más altos porcentajes se dan en los casos siguientes</i>	<i>Variables más determinantes</i>
<i>Culturales</i>	Aragón, Castilla-León, Galicia, Madrid: los jóvenes de centro-derecha, los de Izquierda Unida y los Verdes, los que viven con los padres; los que son muy buenos católicos, ateos y agnósticos (extremos en el espectro de autopostricionamiento religioso).	Son más altos los porcentajes cuanto mayor es el tamaño del hábitat; crecen los porcentajes al crecer la edad; al ascender la clase social crecen los porcentajes; crecen los porcentajes al aumentar el nivel de estudios; más en el grupo de 19 a 22 años de edad; los estudiantes, trabajando o no, muestran los porcentajes más altos.
<i>Políticas</i>	Castilla-León, País Vasco, Madrid: a partir de los 18 años, los que están viviendo con «otros»; los jóvenes que están estudiando y trabajando.	Es más alto el porcentaje cuanto mayor es el tamaño del hábitat; los chicos mucho más que las chicas; al ascender la clase crecen los porcentajes; en los jóvenes que se sitúan en la izquierda y extrema izquierda, sobre todo los cercanos a Izquierda Unida; al aumentar el nivel de estudios aumentan los porcentajes; en los jóvenes indiferentes, agnósticos y sobre todo ateos; considerando la edad, los que tienen entre 19 y 22 años.
<i>Religiosas</i>	Aragón, las dos Castillas, Madrid: jóvenes con niveles de estudios más altos; sin mucha variación hasta los 20-21 años, luego decae; estudiantes. (Muy bajo en el caso de «mujeres en el hogar»).	Más altos los porcentajes cuanto mayor es el tamaño del hábitat; hay más experiencias religiosas en jóvenes urbanos que en rurales; más las chicas que los chicos; más en los situados en centro-derecha y derecha (pero también hay porcentajes significativos en la izquierda); crece al elevarse la clase social; con un autopostricionamiento más religioso, han tenido más experiencias.
<i>Relaciones con alguna persona</i>	Aragón, Castilla-La Mancha, Madrid: algo más en el centro-derecha y centro-izquierda, bajando en el puro centro político; los jóvenes que tienden al PP y a los partidos nacionalistas.	Crece el porcentaje al aumentar el tamaño del hábitat; a partir de los 18 años; al elevarse la clase social; al elevarse el nivel de estudios; si se vive con «compañero/a» o con «otros»; en indiferentes, agnósticos y ateos.
<i>Sexuales</i>	Madrid, Castilla-La Mancha, Galicia, País Vasco; sobre todo en la clase media-alta; los que viven con «compañero/a» u «otros»; a partir, especialmente, de los 21 años; los que trabajan, sobre todo por cuenta ajena.	Crece el porcentaje al aumentar el tamaño del hábitat; los chicos más que las chicas; al aumentar la edad; al aumentar el nivel de estudios; en indiferentes, agnósticos y ateos.
<i>Desgracias personales</i>	Madrid; los de clase alta/media-alta; los cercanos a Izquierda Unida y Partido Popular; los que están viviendo con su cónyuge o con «otros»; los agnósticos.	Crece el porcentaje al aumentar el tamaño del hábitat, sobre todo en municipios a partir de 50.000-200.000 habitantes; al aumentar la edad; al crecer el nivel de estudios.

### 1.5.3 Aspectos más importantes de la vida

Desde otro punto de vista, la formación de identidad personal en los jóvenes dependerá —en parte— de su identificación o no con las cosas que se consideran importantes en la vida y en buena parte también con los problemas principales que detectan. Lo primero serán objetivos que buscan y que les impelen y motivan; los segundos son los obstáculos con que se encuentran según su visión de lo que hay y acontece.

Los dos factores considerados por los jóvenes como más importantes en la vida son el «éxito en el trabajo» y «formar una familia». Dos aspectos muy «clásicos»: trabajo y hogar, lo que indica que los jóvenes no están muy alejados de lo que valoran también los adultos, buscando básicamente lo mismo que ellos han logrado o aún buscan. En ese sentido los jóvenes se identifican en los objetivos principales de la vida con los adultos.

Sin embargo, considerando los porcentajes, se aprecia que en ninguno de esos dos aspectos importantes se supera el 50 %, lo que significa que para casi la mitad de los jóvenes no es eso lo más importante. Esto relativiza, en parte, la primera constatación. Trabajo y familia es lo que atrae a más jóvenes, pero no mucho. Otro aspecto personal unido a lo profesional, el «ser competente», se considera en tercer lugar como lo más importante en la vida.

Un 32,8 % de jóvenes lo manifiesta así; pero es significativo que, valorando alto el éxito en el trabajo, no se valore tanto la competencia personal en el mismo, lo que parece apuntar que en la visión juvenil la competencia profesional no es más que un factor de relativa importancia para tener éxito, y que este último depende de «otros» factores quizás más que de esa competencia; por ejemplo, de tener buenas amistades, suerte o un sólido y eficaz apoyo familiar. En cualquier caso, para casi dos de cada tres jóvenes saber hacer bien las cosas, ser competente, no está entre lo más importante en la vida. La calidad, la honestidad con el propio trabajo, aparecen así como algo bastante relativo para la mayoría de los jóvenes. ¿No será esto reflejo de lo que están viendo en la sociedad adulta? ¿No hay ahí un fallo en la transmisión de esos valores por parte de la familia?

El dinero no concita demasiado interés. Sólo el 28,8 % lo citan entre lo más importante de la vida. Puede pensarse que no es tanto, porque en sí no se valore, sino porque hay «otras cosas» —trabajo, familia— más impor-

tantes comparativamente, y quizás también porque el dinero se ve como instrumento, como medio para poder tener «otras» cosas. El carácter instrumental y funcional del dinero y su valoración más como medio que como fin posiblemente estén bajo el dato que comentamos.

Por otra parte, la tendencia a reducir las aspiraciones económicas para poder disponer de tiempo y posibilidades de hacer y disfrutar de otras cosas es algo que ya se detectó en los adultos en diversos estudios sobre valores (ORIZO: 43). No es tan raro, pues, que muchos jóvenes también sigan, ampliándola, esa pauta de conducta de cierta reducción de ganar dinero en función de poder gozar de lo que se tenga, lo que supone que se opera así una vez obtenido, o pensando que se tendrá, un nivel de ingresos suficiente.

Teniendo en cuenta las respuestas obtenidas de los jóvenes, parece hasta cierto punto normal que se vincule aquello que se considera más importante en la vida a lo que afecta más directamente a la propia persona. Triunfar en su trabajo y crear su hogar puede dar estabilidad a la propia identidad y procurar un estatus social respetable; pero por otra parte, el bajo porcentaje de jóvenes (16,4 %) que consideran como algo importante de la vida «ser útil a los demás» pone de manifiesto que no son muchos los jóvenes que consideran que ambas cosas —«trabajo y hogar» y «ayudar a los demás»— se den juntas y que procurar lo propio sea muy compatible con abrirse solidariamente a los demás.

Por otra parte, se está detectando un claro descenso del espíritu de servicio, un bajo sentido del compromiso social para con los «otros» y una débil solidaridad. Pero esto no es extraño cuando la desconfianza hacia los demás, hacia los que están fuera del puro entorno familiar, va en aumento en nuestro país, y cuando se ha perdido mucha fe en la acción colectiva, solidaria, como medio de conseguir cosas y de lograr metas en la sociedad.

Los datos constatan de nuevo que lo sexual se considera, sobre todo, como algo privado, con una utilización lúdica, como algo para procurar un placer más bien limitadamente temporal. Sólo el 2,6 % de los jóvenes encuestados opinan que la realización sexual es una de las cosas más importantes de la vida. El dato quizás manifiesta también, en parte, la trivialización de lo sexual en la sociedad, su uso pragmático, restringido a momentos de placer más o menos dilatados, y su carácter de algo para «usar y tirar». No parece, pues,



tan importante para lograr una autorrealización, no es tan importante en la vida según los jóvenes, aunque eso no puede traducirse como que sea algo que no les interesa mucho; les interesa sobre todo como placer puntual,

pero mucho menos como algo más significativo, con mayor profundidad.

Relacionando los aspectos más importantes en la vida según los jóvenes con otras variables, se detectan las tendencias siguientes:

### Aspectos más importantes en la vida según los jóvenes

Aspectos	Los más altos porcentajes se dan en los casos siguientes *	Variables más determinantes
<i>Éxito en el trabajo</i>	Castilla-León, Castilla-La Mancha y Madrid; jóvenes entre 15 y 17 años; los jóvenes situados en la izquierda política y en la derecha, especialmente los cercanos a Izquierda Unida; los jóvenes con estudios primarios; los que viven con «otros»; los jóvenes católicos no practicantes; los de clase baja-trabajadora; los más jóvenes; los trabajadores por cuenta propia; los estudiantes, sobre todo si además están en paro.	
<i>Formar su familia</i>	Castilla-La Mancha; hábitats intermedios de entre 10.000 y 50.000 habitantes; los autosituados en el centro-derecha político; por partidos políticos, los cercanos a PSOE y PP; los jóvenes con estudios de 3.º grado; los que no viven con los padres; los autoposicionados como muy buenos católicos o creyentes de «otra religión»; los que tienen edades más altas entre los jóvenes; las mujeres en el hogar.	<i>Edad:</i> en el sentido de mayores porcentajes al crecer la edad. <i>Clase social:</i> crecen los porcentajes al ascender la clase social.
<i>Ganar dinero</i>	Cataluña, Valencia y Madrid, los hombres más que las mujeres; los más jóvenes; los de clase media-baja y trabajadora; los situados en los extremos del espectro político; por partidos los cercanos a PSOE e IU, aquellos con menor nivel de estudios; los que viven con compañero/a u «otros»; los autoposicionados como indiferentes, ateos o no creyentes; los estudiantes.	<i>Hábitats:</i> en el sentido de mayores porcentajes al crecer el número de habitantes, el tamaño del municipio. <i>Clase social ocupacional:</i> en el sentido de más altos porcentajes al descender la clase social.
<i>Ser competente</i>	Castilla-León; hábitats con mayor población; las mujeres más que los hombres; los jóvenes de más edad; los de la derecha política; aquellos con tendencia hacia el PP e IU; los jóvenes que tienen mayor nivel de estudios; los que viven con los padres; los agnósticos; los jóvenes de clase social ocupacional media-baja; los que tienen en torno a los 21 años de edad; los estudiantes en general.	
<i>Ayudar a los demás</i>	Navarra **, Andalucía, Aragón y Baleares **: estratos intermedios entre 10.000 y 50.000 habitantes; las mujeres más que los hombres; los jóvenes situados en la izquierda y derecha más que en el centro político; los tendentes hacia el PP; aquellos que tienen estudios de 3.º grado; los autoposicionados como muy buenos católicos; los de clase alta/media-alta, así como en parte la media-baja; los que tienen entre 17 y 19 años; las mujeres en el hogar.	<i>Edad:</i> en el sentido de mayores porcentajes al descender la edad. <i>Religiosidad:</i> en el sentido de menores porcentajes al tender hacia la indiferencia.

\* En el caso en que las muestras para las Autonomías se presentan con un error muestral admisible como normal ( $\pm 3\%$ ).

\*\* Muestras autonómicas con alto error de muestreo. Por tanto, hay que considerar estos casos como tendencias y no tanto por su significación estadística.

**TABLA 1.6**

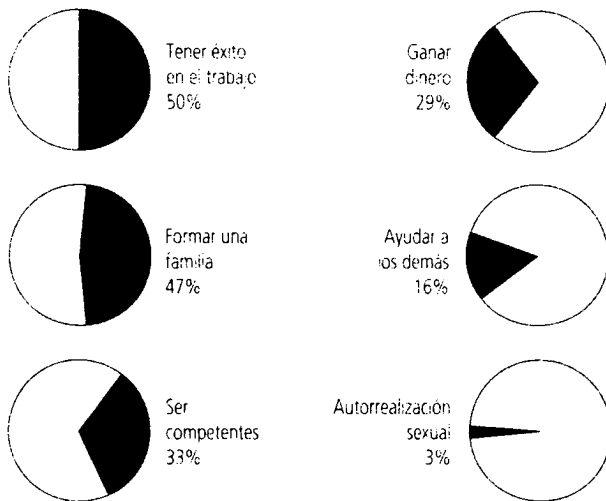
**Aspectos más importantes en la vida**

	1994
Éxito en el trabajo .....	50,0
Formar una familia .....	46,6
Ser competente .....	32,8
Ganar dinero .....	28,8
Ayudar a los demás .....	16,4
Realizarme sexualmente .....	2,6

Finalmente, se constata que el trabajo no es un lugar, un espacio de autorrealización para casi la mitad (43,6 %) de los jóvenes. Si el éxito en el trabajo es una de las cosas más importantes de la vida, según un porcentaje relativamente alto de jóvenes, y se considera por una mayoría de jóvenes (53,9 %) que la realización personal se produce «fuera» del ámbito del trabajo, es que algo anda un tanto desajustado en este contexto social. ¿No se estarán produciendo identidades un tanto descompensadas?

**Gráfico 1.6**

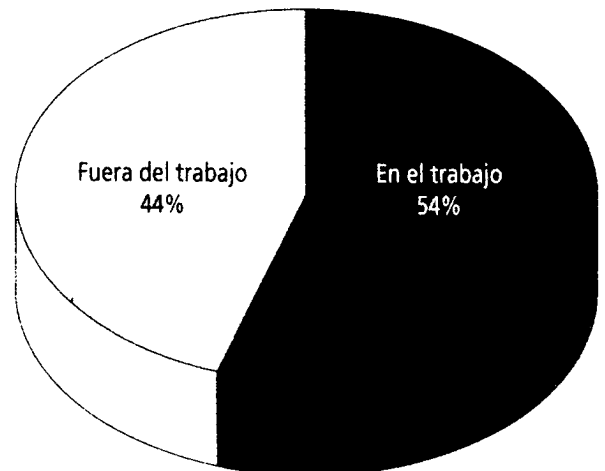
**Lo que los jóvenes de hoy consideran más importante en la vida**



Fuente: Tabla 1.6

**Gráfico 1.7**

**Ambientes de autorrealización según los jóvenes**



Fuente: Tabla 1.7

Del trabajo interesa su éxito, se sea competente o no, y en ese ámbito de lo profesional la mayoría no piensan en realizarse como personas. La significación del trabajo queda, así, un tanto reducida, y la formación de la identidad un tanto descolocada, fuera de sitio y difusa. Si para muchos la personalidad no se realiza en el trabajo, se hará fuera del mismo, en espacios «menos importantes» que, sin embargo, parecen serlo más en algo tan vitalmente significativo como la autorrealización de la propia persona.

**TABLA 1.7**

**Autorrealización en o fuera del trabajo**

Fuera del trabajo .....	53,9
En el trabajo .....	43,6

Relacionando la variable «autorrealización en o fuera del trabajo» con otras, se detectan las tendencias siguientes:

**Autorrealización en o fuera del trabajo**

<i>Los más altos porcentajes se dan en los casos siguientes</i>	<i>Variables más determinantes</i>
Andalucía, Castilla-La Mancha (bajos porcentajes en País Vasco y Madrid); pueblos y zonas rurales con menos de 10.000 habitantes; las chicas más que los chicos, los jóvenes situados en la derecha política, los que viven con su cónyuge; los que trabajan por cuenta propia; las mujeres en el hogar.	La clase social, cuando ésta es baja-trabajadora decrece el porcentaje al aumentar el nivel de estudios; los jóvenes con un autopoicionamiento religioso más creyente-católico; por edad, a partir de los 23 años.

### 1.5.4 Problemas sociales más importantes

La otra cara de la moneda de lo que se considera más importante en la vida la componen los obstáculos o problemas que se consideran como tales. Hemos procurado obtener las respuestas de los jóvenes sobre este aspecto. Aunque más adelante se trata con mayor detenimiento, comentamos aquí brevemente esos obstáculos considerando las dificultades que representan para el desarrollo de las identidades juveniles.

De sus opiniones se deduce claramente (ver *Tabla 1.8*) que dos cosas preocupan sobre todo a los jóvenes: el paro y la droga.

El caso del *paro* lo consideramos tan importante en el mundo de los jóvenes que lo analizamos más detalladamente en la *Sección 1.9.1* como un factor relevante.

La *droga* es el segundo problema en importancia para los jóvenes. Esto parece demostrar que los jóvenes han ido tomando conciencia de su peligrosidad. Quizás está pasando la época en que las drogas se veían con más superficialidad, como algo que se podía o «debía» probar alguna vez. Aquí también parece que la opinión pública ha ido calando en los jóvenes, y la oposición a la droga y la explicitación destructiva de sus efectos ha hecho que los jóvenes sean hoy más sensibles y cautos, estén más preocupados por las drogas. Más adelante, dentro de este estudio, se analiza con mayor detalle este aspecto.

A notable distancia porcentual de los anteriores problemas, en tercer lugar (59,4 %) los jóvenes sitúan el *sida*. Su vinculación con las relaciones sexuales afecta seguramente la importancia que se concede a este tema. En un

contexto de permisividad y subjetivismo respecto a lo sexual, el sida es un «peligro real de muerte». De ello parecen claramente conscientes los jóvenes. De ahí la importancia que se le concede.

En cuarto lugar aparece la *corrupción política* como problema social importante en opinión de los jóvenes. Muy posiblemente los distintos «escándalos políticos», junto a la crisis económica e institucional que en buena parte llevaron a las elecciones de junio de 1993, influyó esta respuesta de los jóvenes, según el tiempo del trabajo de campo en que se realizó la toma de datos para este estudio. No deja de ser significativo, en cualquier caso, el porcentaje relativamente elevado de jóvenes (40,7 %) que citan la corrupción en la vida política como un problema importante. Esto refleja el bajo aprecio que la política y sus principales protagonistas tienen entre los jóvenes; pero a la par esa sensación de corrupción refuerza el rechazo de lo político por parte de los jóvenes. No deja de tener importancia este hecho cuando se mantiene ya desde hace años e incluso, como vemos, se refleja como importante problema social y cuando la participación de los jóvenes es necesaria, tanto para el desarrollo de nuestra democracia como para la construcción de unas personalidades sociales de los jóvenes verdaderamente democráticas. La disociación jóvenes-política no es un buen augurio para el futuro español, y hoy ese distanciamiento permanece en cotas significativas. El menosprecio juvenil hacia la política puede residir también en la incapacidad de la misma para resolver los problemas más importantes, cuyo reflejo localizan en parte los jóvenes en problemas como la escasez de viviendas y la escasez y precariedad del empleo.

Respecto a la *carencia de viviendas*, hay casi un tercio de jóvenes (el 33,0 %) que ya la señalan como problema. Puede parecer llamativo, dado ese porcentaje, que jóvenes de 15 a 20 años también consideren la dificultad de obtener una vivienda como principal problema social. En general, a edades tempranas (15-20 años) se vive en casa de los padres; incluso se va prolongando la permanencia en el hogar paterno/materno o de origen. Por otra parte, la necesidad de conseguir una vivienda para crear una nueva familia no es algo urgente. Por ello parece más razonable, y así es, que ese problema lo tengan más vivo los jóvenes de edades más altas (de 20-25 años y más); pero parece que esa preocupación va ya calando «hacia abajo», hacia los segmentos

TABLA 1.8

#### Problemas sociales más importantes \*

	%
Paro.....	91,3
Droga.....	86,7
Sida.....	59,4
Corrupción de la vida política.....	40,7
Vivienda.....	33,0
Seguridad ciudadana.....	32,2
Consumo abusivo de bebidas alcohólicas.....	18,4
Poder de los partidos políticos.....	15,6
Inmigración.....	12,3
Consumo abusivo de tabaco.....	4,7
Ns/Nc.....	0,1
	(2.208)

\* Múltiples respuestas

más jóvenes entre los jóvenes, pues en un futuro próximo sí les afectará.

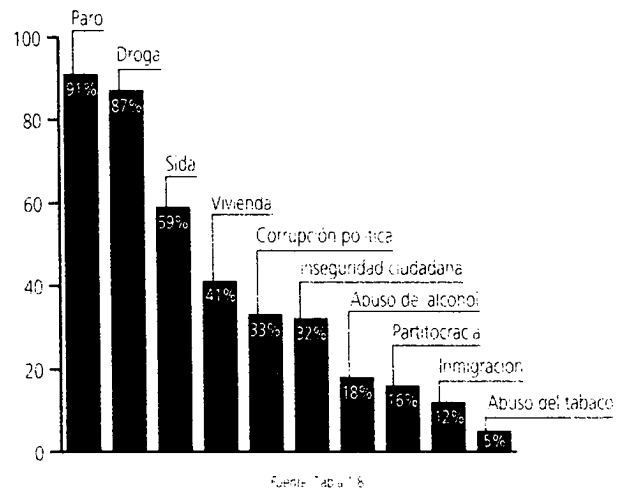
Si esto es así, estamos ante dos hechos que vale la pena analizar. Por una parte, que ciertos problemas y preocupaciones como la de la vivienda se «difunden» en la casi totalidad de los jóvenes, aunque en algunos casos el impacto no sea tan directo e inminente. Por otra parte, que los jóvenes parecen hoy más preocupados y conscientes de lo que está pasando en la sociedad, aun de cosas que a parte de ellos no les afectan todavía; pero son conscientes, incluso a edades tempranas, de que se van a encontrar con esos problemas. De cualquier forma, es significativo que los jóvenes consideren la vivienda como un problema importante. ¿Por qué puede darse este resultado? Puede ser que esto ocurra por el deseo de tener un *locus* físico propio; también por la búsqueda de mayor independencia y por el deseo de tener sitios propios, calientes, efectivos; por la necesidad sentida de una vivienda como elemento fundamental para poder formar una familia, que es algo de lo más importante en la vida según los propios jóvenes.

Hay que considerar también lo que *tener un sitio para vivir* supone de proyección y estabilidad para el futuro, y de otorgador de estatus social. A la vez, el hecho de que la importancia negativa que la opinión pública da al tema de la escasez y carestía de viviendas ha ido calando hasta los jóvenes de edades más tempranas. Por lo demás, el dato relativiza el alto porcentaje de jóvenes que dicen *sentirse a gusto en casa*, toda vez que esto no obsta para que también ellos deseen un acceso más fácil a una vivienda propia. Si esto fuera una realidad, es posible que algunos jóvenes, aun sin casarse, vivirían fuera del hogar paterno. El dato es también coherente con otro hecho detectado: que a una buena parte de los jóvenes les gustaría *vivir con otras personas diferentes de aquellas con las que vivo ahora*.

La *seguridad ciudadana* también se considera aproximadamente por 1 de cada 3 jóvenes (32,2 %) como un problema importante, lo que pone de manifiesto que en general los jóvenes no son anárquicos ni partidarios del desorden, sino más bien al contrario. En conjunto desean seguridad, lo que está reforzado por el hecho de que son mayoría los que confían mucho o bastante en la policía (53 %). Ese sentimiento social juvenil de aprecio por la seguridad se une a un aumento de confianza en las fuerzas encargadas de velar por ella. La imagen que reflejan estos datos difiere de la que a veces se proyecta, basada en hechos rea-

Gráfico 1.8

Problemas sociales más importantes en opinión de los jóvenes



les de grupos juveniles, pero no generalizables a los jóvenes sin más. Los jóvenes parece que quieren un marco de orden para poder disfrutar de las libertades que poseen, y son conscientes y se sienten preocupados en buena parte por que se mantenga su propia libertad y el ejercicio de sus libertades.

A continuación, en porcentajes bajos, los jóvenes consideran como problema importante el *consumo abusivo de bebidas alcohólicas* (18,4 %), el *poder de los partidos políticos* (15,6 %) y la *inmigración* (12,3 %). De todo ello se tratará en otra parte de este estudio con mayor detalle. Aquí basta con reseñarlos y anotar el hecho de que aproximadamente 2 de cada 10 jóvenes, posiblemente por propia experiencia, van siendo conscientes de que el alcohol es un verdadero problema social.

En conjunto, pues, se puede señalar que los jóvenes consideran problemas más importantes, en primer lugar, la carencia de una serie de cosas básicas estructurales tales como *trabajo, seguridad e incluso vivienda*, cosas necesarias para tener una existencia social, una garantía de ejercicio y una independencia más real.

Un segundo conjunto de preocupaciones juveniles se concentra en lo que se consideran peligros cercanos para la salud: *droga, sida y alcohol*. Aquí se reflejan algunas de las pautas socio-culturales prevalentes en la sociedad actual, como son el valor otorgado a la salud, el cuidado del propio cuerpo y el tratar de «mantenerse en forma», junto al impacto que va teniendo en la sociedad el enorme coste y las consecuencias mortales de esos peligros que se

van considerando cada vez más como reales y se van «disculpando» y trivializando menos por parte de la opinión pública y de los grupos de diverso tipo que tienen influencia social. Un tercer bloque de problemas, en opinión de los jóvenes, proceden de la *vida política*, en buena medida corrupta según ellos, y quizás en buena parte porque se la considera también responsable de los otros problemas señalados.

Todos ellos constituyen algo que en opinión de los jóvenes son problemas sociales que les dificultan su desarrollo, se detectan como amenazas más o menos importantes a su ubicación social y en definitiva afectan negativamente a su proceso de identificación social.

### 1.5.5 Lo que significa ser mujer

Cuando hablamos de jóvenes en general, hablamos de ellos y de ellas; pero es sabido que a unas mismas edades cronológicas corresponden otras «edades» en el desarrollo psíquico y social, según sean chicos o chicas. En general, se considera que en la juventud, especialmente en los primeros años de esa etapa de la vida, las chicas son más maduras, aunque posteriormente esa diferencia se va anulando, especialmente al ir alcanzando la veintena de años.

Por otra parte, el contexto socio-cultural en todo el mundo, pero con especial énfasis en España, quizás por partir de cotas de mayor carencia y dependencia femenina, ha sido muy sensible a promocionar a la mujer y ha ido consiguiendo cotas relevantes en esa sensibilización social.

Si consideramos ambos hechos, la diferencia en la evolución psicológico-social del chico y de la chica y el impulso a la emancipación femenina, podemos preguntarnos si, en opinión de los jóvenes, *ser mujer* puede significar hoy una *ventaja* o, por el contrario, una *desventaja*. Esto puede tener también repercusión en el proceso de construcción de una personalidad social. La identificación con el sexo propio y su percepción como ventaja o desventaja en una serie de aspectos puede hacer más fácil o difícil, al menos teóricamente, el logro de una personalidad y de un cierto estatus social.

Los resultados muestran que, en conjunto, «ser mujer» se considera más bien —aún hoy— como una *desventaja*. Los porcentajes de jóvenes que lo consideran así en todos los aspectos estudiados superan claramente a los

TABLA 1.9

### Ser mujer constituye ventaja o desventaja bajo diversos aspectos (Porcentajes)

Aspectos	A	B	A-B	Ni una ni otra
	Ventaja	Desventaja	Diferencia	
Encontrar trabajo	9,8	46,7	-36,9	43,4
Ser tenida en cuenta a efectos de promoción	9,8	41,5	-31,7	48,7
Obtener formación profesional	9,8	12,6	-2,8	77,6
Llegar a un nivel salarial adecuado	7,6	35,7	-28,1	56,6

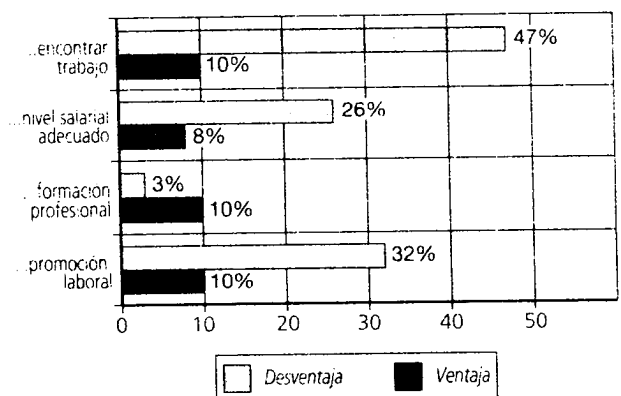
que consideran que «ser mujer» representa hoy una ventaja. Hay que anotar que, sin embargo, son ya un amplio porcentaje los jóvenes que no ven en el hecho de «ser mujer» ni una ventaja ni una desventaja, aunque el número de los que lo consideran varía bastante, según el aspecto que se contemple.

Lo que menos parece que *discrimina* ya es obtener una formación en el campo profesional (diferencia 2,8). Esto refleja y constata un hecho conocido: el acceso de la mujer a mayores niveles educativos, tanto formales como no-formales, reglados o no. Esto va produciendo un nivel «crítico» de chicas jóvenes cada vez más formadas intelectualmente, que empieza a tener repercusión en los demás aspectos y cuyo impacto crecerá en el futuro, favoreciendo el acceso de la mujer a niveles de responsabilidad diferentes y más altos.

Posiblemente esta «revolución» de no permanecer en el hogar y optar por un mayor nivel educativo sea uno de los hechos más im-

Gráfico 1.9

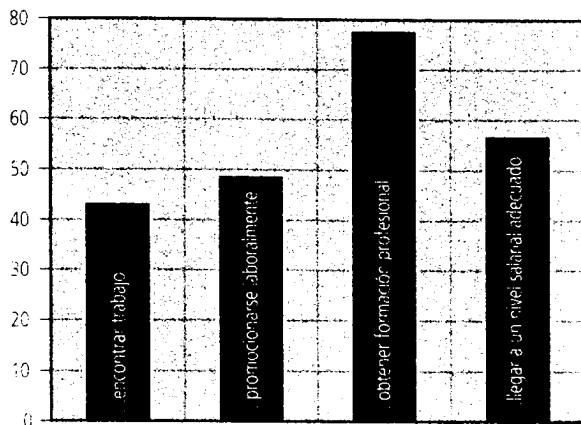
### Ventaja y desventaja, por ser mujer, a la hora de...



Fuente: Tabla 1.9

Gráfico 1.10

Consideran que ser mujer no constituye ventaja ni desventaja a la hora de...



Fuente: Tabla 1.9

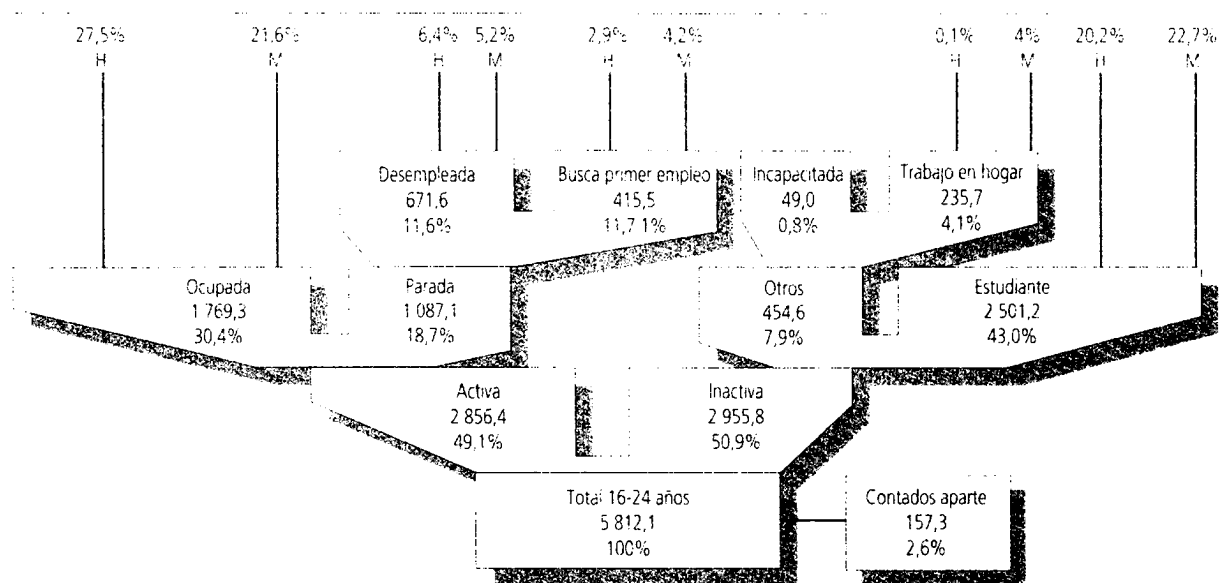
portantes alcanzados en la sociedad española en las últimas décadas. Los jóvenes son conscientes de ello y por tanto no ven discriminación sexual significativa en este aspecto. Otra cosa parece ocurrir en lo que se refiere a conseguir un puesto de trabajo o a promocionarse en el mismo, si se ha conseguido. En esto hay conciencia de que ser mujer tiene aún bastante influencia, y un coste considerable, aunque éste es algo menor en lo que se refiere a la promoción.

En cuanto al *salario*, el porcentaje de jóvenes que no consideran que el sexo influya en sentido positivo o negativo es de una mayoría (56,6%), aunque más de uno de cada tres jóvenes sigue pensando que es una desventaja para la mujer y que se la discrimina salarialmente en sentido negativo.

Así pues, excepto en lo educativo, las chicas parece que encuentran mayores dificultades, por razón de su sexo, en lo socio-laboral. Esta *dificultad añadida*, en opinión de los jóvenes, puede hacer que la identificación de las chicas con la sociedad y con el trabajo y el trato que reciben en él sea más difícil, al sentirse más discriminadas. Ante ello es posible que la reacción no sea tanto de «retirada» sino más bien de «aumento del esfuerzo», de «agresividad» más o menos sutil, de «lucha» por conquistar otras cotas en otros aspectos, cosa que se ve como muy posible. De ahí que las jóvenes estudien más y obtengan mejores notas en sus estudios que los chicos y los superen en porcentaje relativo respecto a los estudios superiores.

La *rebelión femenina* para superar inferioridades parece que se hace «a la japonesa»: más trabajo, más horas, y los resultados parece que van dando la razón a estas jóvenes. El hecho de que sean las chicas las que más valoren el ahorro y los libros concuerda con las pautas indicadas (INE, 1992). En cualquier

Población juvenil (16-24 años) en relación con la actividad económica



Población española entre 16 y 24 años Total: 5 969 400

Fuente: EPA cuarto trimestre de 1992, págs. 14-20.



caso y en opinión de los jóvenes. «ser mujer» aún añade una dificultad más en varios aspectos de identificación social.

### 1.6 Identidad de los jóvenes con la juventud

Pensar que todos los jóvenes son semejantes; que hay una serie de elementos claros que afectan casi por igual a todos los jóvenes; que existe una juventud como grupo claramente identificable, con comportamientos generales compartidos por todos (y todas) los que se cuentan en un intervalo (15-29 años) de años, no corresponde a la realidad. No existe juventud. Lo que existe son jóvenes, muy distintos unos de otros.

Ya en 1990 titulábamos nuestro informe sociológico *Jóvenes españoles 89*, y no «Juventud española». En aquel mismo trabajo ensayamos una identificación y descripción de una serie de «tipos de jóvenes»: ocho concretamente. Las diferencias que entonces encontramos entre unos grupos y otros de jóvenes confirmó la hipótesis: los jóvenes son plurales y sus diferencias internas son más significativas que las que les distancian de los adultos.

Entonces se detectó incluso la existencia de un grupo de jóvenes que conscientemente se segregaban de otros tipos, considerándose a sí mismos en su propia identidad diferentes de los que compartían con ellos sus mismas eda-

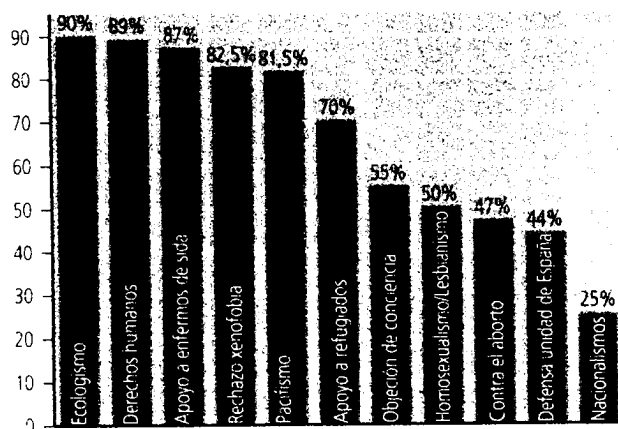
CUADRO 1.3

#### Actitud ante una serie de movimientos sociales

<i>Se identifican mayoritariamente con:</i>		
Ecologismo .....	89,5	(aprueban)
Derechos humanos .....	89,0	(aprueban)
Apoyo a enfermos de sida .....	88,5	(aprueban)
Rechazar la segregación racial .....	82,4	(aprueban)
Pacifismo .....	81,3	(aprueban)
Apoyo a refugiados .....	75,7	(aprueban)
Movimientos en favor de la mujer .....	68,5	(aprueban)
<i>Se encuentran divididos con (identifican/desidentifican):</i>		
Obiección de conciencia .....	55,0	(aprueban)
Homosexualismo-lesbianismo .....	50,3	(aprueban)
Pro-vida (contra el aborto) .....	46,6	(aprueban)
Defensa-unidad de España .....	44,2	(aprueban)
<i>Se desidentifican mayoritariamente con:</i>		
Nacionalismos .....	24,7	(aprueban)

Gráfico 1.11

Autoidentificación de los jóvenes con determinados movimientos ideológico-actitudinales (Porcentajes)



Fuente: Cuadro 1.3

des. El factor básico que señalaba las diferencias entre unos grupos de jóvenes y otros eran sus distintas «visiones del mundo», en las cuales confluían aspectos de tipo social, económico, político, religioso, no sólo desde un enfoque ideativo sino también vital y experiencial.

Sentado este hecho básico, parece sin embargo que negar completamente la existencia de algunos factores que en cierta manera identifican a todos los jóvenes, especialmente en lo que les diferencia con respecto a algunas actitudes de los adultos, no es una línea que responda a la realidad. Tratar de ver a los jóvenes como un simple reflejo de lo que se da en el mundo de los adultos, como si fueran una reproducción casi exacta pero a tamaño reducido o ampliado —en algunos casos— de lo que es el mundo de los adultos, puede que tampoco responda a lo que está ocurriendo realmente.

Si bien es cierto que no podemos compartir ya algunas visiones que clasificaban a los jóvenes como unas culturas o subculturas propias con identidad bastante bien definida y claramente diferenciada de la de los adultos, como se trataba de plantear, por ejemplo, en el libro de Enrique de VILLENA, lo que no parece congruente es negar totalmente la existencia de algunas características en los jóvenes, que de hecho marcan una cierta aunque relativa y débil diferenciación con el mundo de los adultos. Esto no quiere decir que los problemas básicos de la juventud sean en gran parte los problemas de todos, adultos y jóve-

**TABLA 1.10**

**Percepción de similitudes y diferencias por sexo  
(Porcentajes)**

Aspectos	Se dan más en las chicas	Se dan más en los chicos	Se dan en ambos por igual
Atención a los detalles	64,5	4,8	29,6
Autoridad	11,5	44,8	43,3
Capacidad de lucha	12,7	29,7	57,2
Iniciativa	20,1	20,7	58,9
Preparación, cualificación	10,4	8,1	81,3
Constancia	27,9	9,8	62,1
Astucia	30,6	17,3	51,9
Intuición, mano izquierda	43,2	10,0	46,5
Capacidad para resolver conflictos	16,1	22,3	61,3
Sensatez	32,8	9,0	58,0
Inteligencia	10,7	4,9	84,3
Paciencia	34,4	12,6	52,8
Atractivo	35,4	7,3	57,3
Capacidad de trabajo	8,7	13,4	77,8
Simpatía, don de gentes	19,9	3,4	76,6
Decisión	10,3	19,5	70,0

nes. Si desde el mundo adulto se quieren encontrar puntos de encuentro con la juventud, lo que hay que hacer es contestar menos con respuestas vagas a preguntas que no se hacen desde los jóvenes: más bien son un reflejo de lo que quieren preguntar los adultos, y tratar de hallar entre todos respuestas válidas a los problemas que son de todos también.

Ya en un trabajo de José Juan TOHARLA se ponía de manifiesto y en duda la existencia de una subcultura juvenil propia. (Cfr TOHARLA: 1982). Aun partiendo de la base de la pluralidad de los jóvenes, de sus diferencias internas muy significativas, no podemos negar también que los jóvenes presentan un cierto aire de familia, un cierto sentido de «tribu» que en parte los hace diferenciables de los adultos. Como pone de manifiesto Manuel MARTÍN SERRANO en su trabajo sobre los valores actuales de la juventud en España, la gran mayoría de los jóvenes (92 %) distingue netamente entre juventud y vejez. Estas diferencias se fundan principalmente en dos grandes criterios, uno de mentalidad y otro biológico: las distintas visiones del mundo y las diferencias evolutivas y de maduración. Muy en segundo plano, otros jóvenes se refieren a las variaciones en los modos de comportarse, en las obligaciones y en el estatus social (MARTÍN SERRANO: 19).

El mismo autor añade que frecuentemente la juventud se mitifica como una condición

existencial que identifica a las personas y que prevalece sobre las distinciones que se deben a las diferencias de sexo, de origen social, de opinión. Los jóvenes no comparten este estereotipo tan simple y son conscientes de que la juventud es rasgo biológico diferencial cuando se compara entre jóvenes y viejos, pero no es criterio de identidad de los sujetos sociales. Los jóvenes perciben entre los jóvenes las mismas diferencias que separan y distinguen a las personas de cualquier edad. En la mente de los encuestados, definirse como joven no dice gran cosa de las oportunidades en la vida ni de las necesidades, las aspiraciones o las creencias. Estas características comprenden que dependen de que el joven sea soltero o casado, de que trabaje o estudie según sea o no rico, sea varón o mujer. (Cfr MARTÍN SERRANO: 19-21).

Esa visión que tiene la juventud es lúcida; lo cual no le impide percibir que comparte ciertos rasgos y valores generacionales, aunque no todos coinciden en cuáles serían esas características. La mayoría de los jóvenes se ven como una generación contestataria (lo cual es una autopercepción falsa).

Una de las cuestiones que nos parece interesante analizar es en qué medida los jóvenes se identifican con el conjunto de la juventud. Tratando de indagar esto analizaremos a quiénes consideran los jóvenes como tales jóvenes; en qué medida aceptan a algunos grupos específicos de otros jóvenes; cómo perciben las similitudes o diferencias según sea su sexo, y, finalmente, cómo se relacionan con

**Gráfico 1.12**

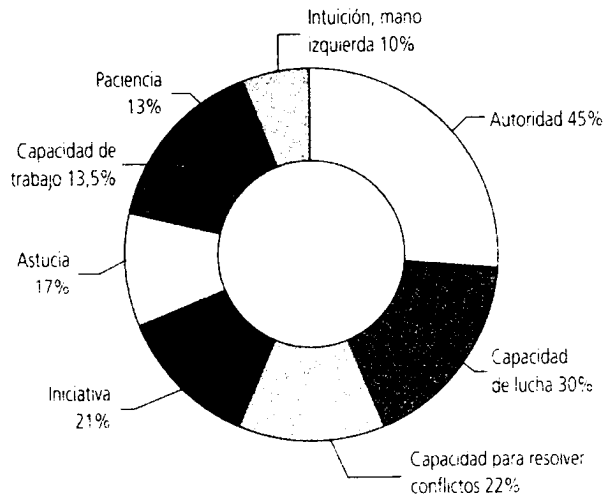
**Aspectos que se considera que prevalecen en las chicas  
(Porcentajes)**

Atención a los detalles	64,5 %
Intuición	43 %
Paciencia	34,5 %
Sensatez	33 %
Astucia	31 %
Constancia	28 %
Iniciativa	20 %
Simpatía, don de gentes	20 %

Fuente: Tabla 1.10

**Gráfico 1.13**

**Aspectos que se considera que prevalecen en los chicos (Porcentajes)**



Fuente: Tabla 1.10

**CUADRO 1.4**

**Percepción de similitudes y diferencias por sexo**

<i>Similares en:</i>
Iniciativa
Inteligencia
<i>Básicamente similares, pero con tendencia mayor en las chicas en:</i>
Preparación, cualificación
Constancia, paciencia
Astucia, intuición, mano izquierda, simpatía, don de gentes
Sensatez
Atractivo físico
<i>Básicamente similares, pero con tendencia mayor en los chicos en:</i>
Capacidad de decisión, resolución de conflictos
Capacidad de lucha
Capacidad de trabajo
<i>Las chicas son claramente superiores en:</i>
Atención a los detalles
<i>Los chicos son claramente superiores en:</i>
Ejercer la autoridad

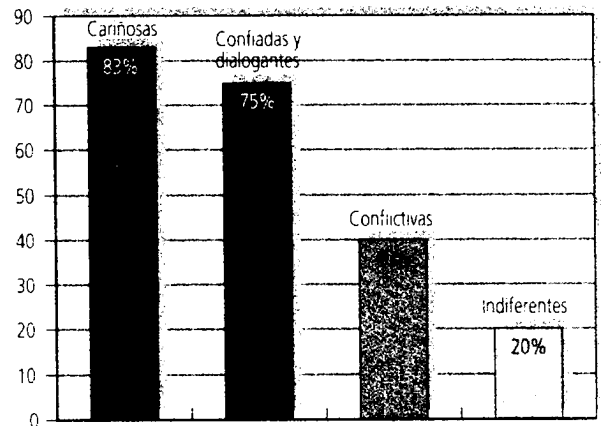
**TABLA 1.11**

**Relaciones con los hermanos**

	Mucho/ Bastante	Poco/ Nada	Algo	Índice
Confiadas, dialogantes	75,9	7,6	16,2	75,1
Indiferentes	6,9			19,7
Cariñosas				83,5
Conflictivas				40,0

**Gráfico 1.14**

**Cómo son las relaciones entre hermanos (Índices)**



Fuente: Tabla 1.11

unos «jóvenes especiales», que son los hermanos o hermanas que conviven en casa.

Respecto a quiénes los jóvenes consideran como «jóvenes», es decir, cómo ven la duración de la etapa juvenil, tenemos ya en los estudios precedentes algunos datos que aclaran esta imagen del ciclo vital juvenil. La percepción que tienen los jóvenes del ciclo vital que ocupa la juventud viene a coincidir con los criterios que se utilizan en la investigación sociológica. Se deja de ser niño (o el niño se convierte en joven) en torno a los 15 años y medio. Igualmente, la edad que según ellos marca la frontera entre la juventud y la edad adulta es la de los 30 años y medio.

Así pues, los jóvenes actuales consideran que son también jóvenes incluso los que están entre 25 y 29 años (que no hemos considerado en nuestro estudio). Aceptan, por tanto, ya la existencia de lo que se ha llamado la «juventud extensa».

Esta misma apreciación de lo que es el ciclo vital juvenil por parte de los propios jóvenes indica la existencia de unas diferencias notables, puesto que entre los 15 y los 30 años hay una evolución biológica y psicológica y vital que hará que las diferencias entre unos y otros jóvenes en los extremos de este espectro sean considerables.

Otra forma de ver cómo consideran los jóvenes a otros grupos de jóvenes con unas ciertas características —lo que es también extrapolable a los mismos grupos en la sociedad en general— es analizar a quiénes no les gustaría tener en su entorno cercano, ya sea en su familia, en el grupo de amigos o como compañeros de trabajo.

**TABLA 1.12**

**No les gustaría tener en la familia, como amigos o como compañeros de trabajo, a las personas siguientes (Porcentajes)**

Tipos de personas	No gustana como miembro de		
	La familia	Grupo de amigos/as	Grupo de trabajo
Neonazis	75,6	73,3	69,1
Drogadictos	69,3	60,9	54,5
Skin-heads punkies	66,1	62,3	58,2
Alcohólicos	47,7	39,7	36,1
Enfermos de sida	32,7	24,0	20,3
Personas con antecedentes penales	30,6	27,2	23,9
Homosexuales/Lesbianas	30,2	24,3	19,4
Gitanos	23,9	19,3	16,9
Gente de otra raza	9,1	5,9	5,4
Trabajadores extranjeros	7,7	6,4	6,3
Ns/Nc	25,0	30,2	35,1

De acuerdo con los datos, vemos que en general los jóvenes rechazan claramente a los grupos radicales, *anarcos* o violentos, tales como los neonazis (75,6 %) o *skin heads* (66,1 %). El hecho indica que estos grupos, que a veces tienen un protagonismo en los medios de comunicación y en general en la opinión pública, ciertamente no representan a los jóvenes sino que, por el contrario, son claramente rechazados por ellos.

Con un alto porcentaje (69,3 %), los jóvenes rechazan también a los drogadictos, lo que confirma la cautela progresiva y el temor con que van enfocando el tema de la droga. En el

caso de los alcohólicos, las posturas están relativamente divididas casi al 50 %, lo cual indica que va ganando terreno entre los jóvenes la convicción de que el alcohol es pernicioso y constituye un problema, como se ha indicado en otros lugares de este estudio.

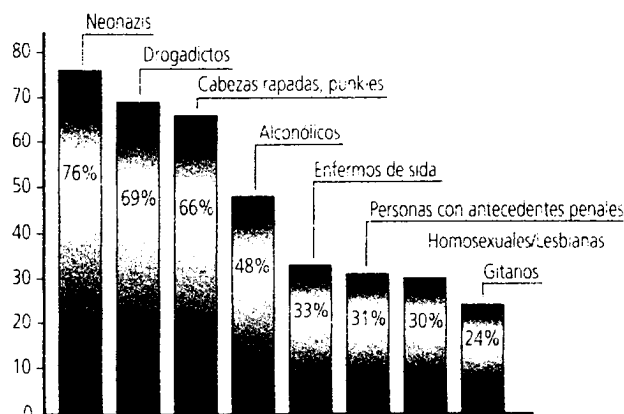
Otros grupos característicos que se pueden acotar dentro de la juventud serían el de los portadores de sida, *gay* o lesbianas, y ex presos. En este caso son mayoría los jóvenes que los aceptarían: sin embargo, en torno a 1 de cada 3 jóvenes (entre 30 y 33 %) no les gustaría tener cercanos a estos jóvenes; es decir, los aceptan pero con ciertos recelos. Por otra parte, hay que hacer notar que no rechazarían a los trabajadores extranjeros y a gentes de otra raza; por lo tanto no parece que sea alto, sino bastante bajo el nivel de xenofobia de los jóvenes, puesto que sólo un 9 % rechazarían a gentes de otra raza, y un 7,7 % a los trabajadores extranjeros.

Hay que hacer notar, sin embargo, que aproximadamente un 25 % de los jóvenes no tienen ideas claras o no se paran a pensar en esto. En cualquier caso, se dejan llevar o no tienen clara su postura respecto a la exclusión o inclusión en su grupo cercano de estos tipos distintos de jóvenes.

Por otra parte, es bastante característico que según se acercan a su entorno se muestran algo más rigoristas, es decir, descienden claramente sus pautas de aceptación según se consideren compañeros de trabajo o grupos de amigos; y donde más rigor mantienen es en si alguno de estos grupos de jóvenes es de su familia o algún miembro está en su familia.

**Gráfico 1.15**

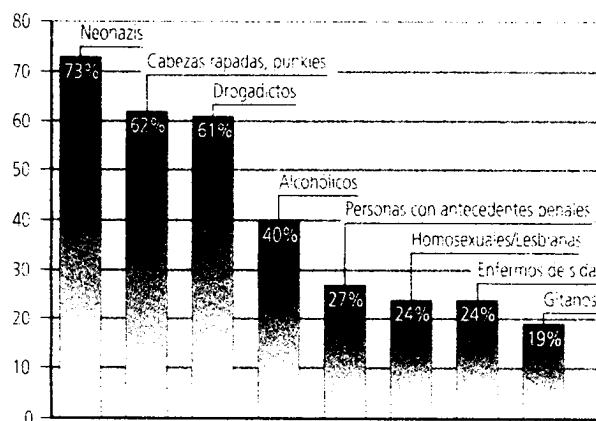
**A quiénes no les gustaría tener como miembros de la familia**



Fuente: tabla 1.12

**Gráfico 1.16**

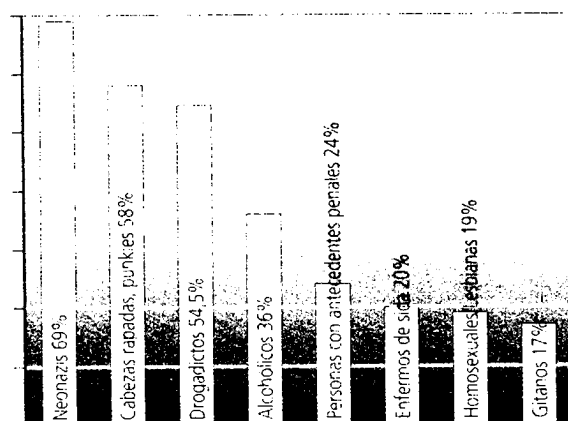
**A quiénes no les gustaría tener como amigos/as**



Fuente: Tabla 1.12

Gráfico 1.17

A quiénes no les gustaría tener en su grupo de trabajo



Fuente: Tabla 1.17

Todo ello indica también la identificación y desidentificación de los jóvenes con otros grupos de jóvenes que manifiestan claramente en la sociedad unas características determinadas. Lo cual pone asimismo de manifiesto que si algunos jóvenes toman determinadas actitudes o siguen determinadas conductas, se sienten más o menos rechazados por otros grupos de jóvenes que no se identifican con ellos. El hecho es demostrativo de la pluralidad que hay en los jóvenes, al mismo tiempo que de las dudas que tienen sobre la aceptación o rechazo de algunos de estos grupos con características especiales, e indica en cierta manera la ambigüedad en que se mueven los jóvenes respecto a algunas de estas tipologías, lo cual probablemente no es sino el reflejo de lo que les ocurre también a los adultos al enfrentarse con ese tipo de «vecindades».

Una serie de movimientos nuevos, a los que se ha identificado a veces como «nuevos movimientos juveniles», se insertan en el contexto de tipo ambiental en que se mueven los propios jóvenes. La aprobación o rechazo respecto a dichos movimientos puede darnos también otra aproximación de las líneas socialmente visibles con las que se identifican o desidentifican los jóvenes. De los resultados se deduce claramente que los jóvenes aprueban (es decir, se identifican mayoritariamente con) los movimientos de tipo ecologista, pacifista, derechos humanos, apoyo a los refugiados y apoyo a los enfermos de sida.

Se encuentran divididos los jóvenes, aprobando unos pero no aceptando plenamente otros, los movimientos que se relacionan con la objeción de conciencia, *gays*, homosexualis-

mo-lesbianismo y pro-vida (contra el aborto). También se encuentran un tanto confusos respecto a los movimientos en favor de la defensa y la unidad de la patria. Hay un rechazo claro, en general, a los nacionalismos; solamente 1 de cada 4 jóvenes se identifica con ellos.

La identificación de los jóvenes va fundamentalmente en la línea de la paz, respeto de la naturaleza y acogimiento a las desgracias de tipo general que se dan en la sociedad. Difieren bastante en las líneas de los nacionalismos, encontrándose en otros casos —como la homosexualidad, el aborto, la objeción de conciencia— en una situación de cierta duda y ambigüedad.

Los hermanos o hermanas son un grupo interesante, puesto que unen dos características de cierto significado como son, por una parte, pertenecer al círculo íntimo de la familia y, por otra, compartir la juventud. Por ello hemos querido ver en qué medida los jóvenes de ambos sexos se identifican con sus correlativos hermanos o hermanas. En general parece que la conexión hermanos-hermanas es bastante significativa. Una gran mayoría califica estas relaciones como confiadas y dialogantes (75,1 %) o cariñosas (83,5 %). Las ven claramente como indiferentes en muy pocos casos, aunque el nivel de conflictividad (40 %) puede ser relativamente significativo.

Esto quiere decir que la mayoría de los jóvenes mantiene un tipo de relaciones interpersonales de ciertos significados para sus propias vidas con sus hermanos o hermanas, lo cual puede indicar un intercambio de opiniones, de «contar lo que me pasa» y de confianza y de relación con los otros jóvenes que están en el círculo familiar. Sin embargo, habría que hacer notar que, dado el nivel medio de hijos por familia, esto no será posible en muchos casos, al ser hijos únicos, tendencia a la cual se va abocando nuestra sociedad rápidamente.

Otro aspecto que nos puede ayudar a estudiar la identificación de los jóvenes es si aprecian diferencias por sexo, es decir, entre chicos y chicas. Analizando los datos de la encuesta realizada para este estudio vemos que los jóvenes se consideran similares, sean varones o hembras, en iniciativa e inteligencia, aspectos en los cuales no reconocen diferencias en razón del sexo. Va cayendo ya, por tanto, posiblemente producto del acceso de la mujer a los estudios reglados, formales, la idea de que la mujer tenga menos inteligencia. Por otra parte, se consideran básicamente

iguales, pero con cierta tendencia a valorar más en las mujeres los siguientes aspectos: en preparación o cualificación, valorando algo más en ambas a las mujeres, lo cual vuelve a poner de manifiesto el avance en las actitudes respecto a la valoración de la mujer en sus aspectos intelectuales y de cualificación. También se consideran básicamente iguales, pero con una cierta tendencia a valorar más en las mujeres el atractivo físico y la sensatez.

Parece interesante destacar este último aspecto, dada la tendencia general en la opinión pública a considerar a veces a la mujer como más emotiva, menos equilibrada y sensata, lo que no es visto así por los jóvenes. También se considera a las mujeres ligeramente superiores en constancia, paciencia y, sobre todo, en astucia, intuición, mano izquierda, simpatía y don de gentes.

En todos estos aspectos la tendencia general es a que los jóvenes se perciban iguales, sea cual sea su sexo, pero con cierta tendencia a valorar algo más estos aspectos en el caso de la mujer. Por el contrario, se consideran básicamente iguales, pero con cierta tendencia a valorar más en los varones la capacidad de trabajo para resolver conflictos, así como el espíritu de decisión y la capacidad de lucha.

En general, pues, parece que se ven iguales hombres y mujeres; pero hay una cierta tendencia a valorar a las mujeres como más intuitivas, más capaces de maniobra, más simpáticas y constantes, y también algo más sensatas. En cambio, los varones tienden a verse como más capaces de resolución, de tomar decisiones y de continuar la competitividad o la lucha en la sociedad. Esto se refuerza con la visión de los jóvenes, que ven claramente superiores a los chicos en cuanto al ejercicio de la autoridad, mientras que destacan como claramente superiores a las chicas en el cuidado de los detalles.

Por tanto, en general se considera por parte de los jóvenes que las mujeres son más pasivas, más capaces de aguantar, con mayor capacidad de maniobra (astucia, intuición, mano izquierda, simpatía, don de gentes y detallista), así como en su equilibrio y sensatez, a la vez que en su preparación o cualificación, mientras los varones se ven como más decididos, con autoridad y capacidad resolutoria. Diríamos que esta visión que dan los jóvenes de ellos mismos, diferenciados por sexo, permitiría más a los hombres llevar la decisión y resolver, es decir, llevar el peso del juego social, mientras que las mujeres parecen más capacitadas y hábiles para jugar al contraataque.

## 1.7 Identidad con los adultos

En relación con el mundo de los adultos, ya en *Jóvenes españoles 89* analizábamos una serie de intercambios que el mundo juvenil realiza con el mundo de los adultos. Distinguíamos, entonces, tres planos: el económico, el político y el cultural. En el marco económico detectábamos que, aunque la oferta de los adultos respecto al marco de referencia básico de las relaciones económicas era una oferta hasta cierto punto poco consistente, dado que los propios adultos creían que el sistema económico de libre mercado era legítimo pero —en cierta manera— ineficaz, los jóvenes en general aceptaban el sistema económico, pero aunque valoraban ese sistema como legítimo, no lo consideraban operativo para resolver los problemas económicos en porcentajes importantes. Además, el modelo que presentaban en general los adultos se veía como un modelo hacia el hedonismo —polisensual, somatizado, etc.—, modelo básicamente de disfrute de todo lo posible, lo más inmediatamente que se pueda. Los jóvenes habían sido influenciados, en gran parte, por ese modelo y trataban de lograr no sólo mayores cotas de confort, sino incluso de forzar en cierta manera los gastos familiares para poseer las cosas que deseaban. En general constatábamos que «los jóvenes españoles no estaban desprotegidos no sólo en cuanto a la cobertura de lo esencial, sino también en referencia a la disponibilidad de algunos medios económicos para atender a sus gastos personales, y además tenían un equipamiento no sólo familiar sino también de uso personal relativamente importante» (GONZÁLEZ BLASCO ET AL., 1989: 24).

En el plano político las tendencias de los jóvenes que aparecían eran una aceptación mayoritaria del sistema democrático, una ambivalente valoración del Estado de las Autonomías, una aceptación de las libertades existentes, pero deseando que se ampliaran, y una baja valoración de las instituciones.

En el plano cultural, dentro de una sociedad con una cultura relativamente poco profunda, es decir, dentro de un ambiente de relativa «debilidad cultural», detectábamos el acceso de los jóvenes y, sobre todo, el acceso entonces reciente de las jóvenes a las aulas de educación formal, incluso a las aulas universitarias en número creciente; pero a la vez se constataba una cierta superficialidad en la cultura de los propios jóvenes, que generalmente leían pocos libros, que incluso leían relativamente poco la prensa, aunque asistían en número



mayoritario a actos culturales que tuvieran componentes de emocionalidad, de relaciones con otras personas, y ciertos factores de espectáculo. La mayor información no se traducía en una mayor cultura, en gran parte por la falta de reflexión, a lo cual contribuía la dispersión que provocaba el medio ambiente intelectual y de pensamiento, y la gran debilidad en general de los marcos referenciales donde se decían las cosas de interés en los distintos aspectos de la vida.

Todo este tipo de intercambio jóvenes-adultos en los planos económico, político y cultural dependía en gran parte de las visiones del mundo que tuvieran los jóvenes, puesto que, más que de una juventud, se constataba la existencia de grupos de jóvenes muy distintos entre sí. (Cfr GONZÁLEZ BLASCO ET AL., 1989).

De otros trabajos posteriores, como el ya citado de Manuel MARTÍN SERRANO sobre *Los valores actuales de la juventud en España*, se pueden también deducir una serie de aspectos en las relaciones de los jóvenes con los adultos. En ese trabajo se constata que los jóvenes ven incierto su futuro e incluso, para un porcentaje importante de esos mismos jóvenes, ese futuro está más bien cerrado a la intervención de ellos mismos. Sin embargo, esta visión respecto al futuro no llevaba a una generalización de la postura «pasota» y tampoco a una situación general de anomía, aunque se constataba que un alto porcentaje de jóvenes consideraban el bien y el mal como algo relativo y no estable.

También de este estudio se deduce que un porcentaje relativamente importante de jóvenes (2 de cada 3) no consideraban el trabajo duro bien hecho como un procedimiento para llegar a ser ricos, e incluso un porcentaje todavía menor consideraban que los estudios podían procurarles en el futuro esa riqueza. Lo cual pone de manifiesto cierta frustración por su parte frente al mundo de los adultos, que les ofrecen un panorama un tanto cerrado, y que a través de los procedimientos de trabajo o estudio difícilmente llegarían a poder contar con una situación económica holgada.

No es extraño, pues, que se detectara en el mismo estudio que un pequeño porcentaje de jóvenes tenían problemas de tipo personal, sobre todo con relación al estudio y al trabajo, aunque casi la mitad de ellos creían que llegarían a resolver este tipo de problema, del cual culpaban fundamentalmente a los demás, es decir, tomaban una actitud extrapunitiva respecto —fundamentalmente— a los adultos.

No es de despreciar que cerca de un 22 % de los jóvenes que tenían problemas personales no les veían solución, incluso no sabían centrar la causa de los mismos problemas. Asimismo, las relaciones de tipo personal se consideraban por los jóvenes como una de las cosas que les producían mayor felicidad. Y a los adultos que estaban más cerca de su contexto, es decir, a los familiares y —dentro de ellos— a los padres, los valoraban sobre todo por su modo de ser y su personalidad, así como por su capacidad de sacrificio, su amabilidad y su bondad. Pero en ningún caso los porcentajes de apreciación respecto a estas características de los adultos superaban el 35 %.

Queriendo dar un paso más en estos análisis y, por otra parte, relacionándolos con el problema de la creación social de una identidad en los propios jóvenes, en el estudio actual hemos considerado algunos aspectos relativos a la valoración que los jóvenes hacen de los adultos más cercanos, es decir, de los padres, de por qué están a gusto en ese hogar, de si desearían vivir con las mismas personas adultas con las que viven en la actualidad, y finalmente, sobre todo, hemos querido analizar si los jóvenes se consideran suficientemente en esta sociedad, creada básicamente por los adultos.

Lo primero que indagamos es con quiénes viven los jóvenes actuales y con quiénes les gustaría vivir. Hemos querido detectar si la convivencia con las personas con las que habitualmente viven, y que en general en los estudios anteriores daban unos resultados altamente positivos, en el sentido de que estaban a gusto con la situación que tenían los jóvenes, se debe fundamentalmente a que la situación es así y no tienen «más remedio» que vivir con las personas con las que están, o si

**TABLA 1.13**

**Con quiénes viven y con quiénes les gustaría vivir (Porcentajes)**

	Le gustaría vivir		Diferencia
	Vive		
	A	B	A-B
Con los padres .....	90.9	52.3	+38.6
Con mi mujer/marido .....	6.2	19.1	- 3.9
Con mi compañero/a .....	1.1	11.6	- 9.9
Con grupo de amigos/as .....	1.1	6.8	- 7.7
Solo/a .....	3.7	8.2	- 7.5
Otros .....	3.6	—	+ 0.6
Ns/Nc .....	—	9.8	—

Gráfico 1.18

Con quiénes viven actualmente los jóvenes

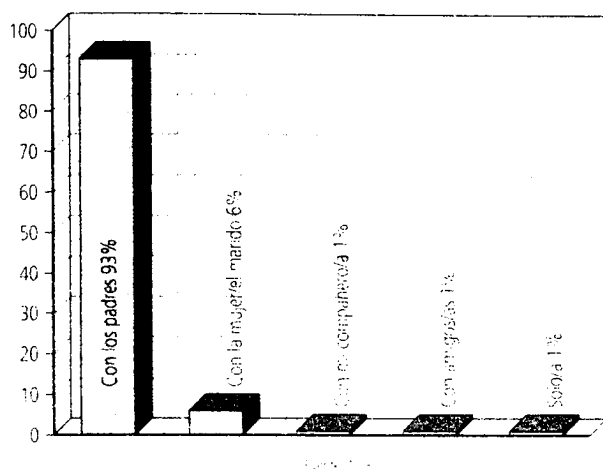
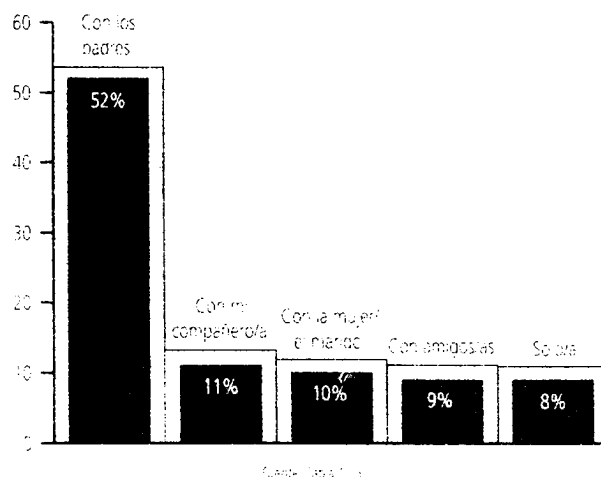


Gráfico 1.19

Con quiénes les gustaría vivir a los jóvenes



desejarían —caso de ser posible— vivir con otras personas.

En general, hallamos que la situación actual no es para bastantes jóvenes la deseada, aunque estén a gusto en ella. En general, se detecta que viven a gusto con aquellos con los que actualmente viven: mayoritariamente los jóvenes lo hacen en la casa de sus padres. Sin embargo, se detecta que, si pudieran, en bastantes casos cambiarían la convivencia con otras personas.

Ciertamente, una mayoría relativa desearía seguir como está, es decir, viviendo con sus padres-familia; pero un significativo porcentaje indica que les gustaría tener ya su propio hogar y vivir con su mujer/marido, así como también a un porcentaje relativamente significativo (11 %) le gustaría vivir con los amigos-amigas, o bien vivir solo (8,2 %).

Estos datos reflejan, por una parte, que una mayoría relativa de jóvenes seguirían en el estado actual de convivencia con las personas con las que cohabitan actualmente; pero ya se detecta un deseo de bastantes a vivir con otras personas. No se sabe si ese deseo se traduciría en realidad, en el supuesto de que tuvieran posibilidades reales de hacerlo. En cualquier caso, este resultado matiza, en cierta manera, el alto porcentaje de jóvenes que están a gusto en casa. Siendo esto cierto, sin embargo, oculta en parte que algunos jóvenes desearían vivir, ya en la edad que tienen, en situaciones y con otras personas que con las que actualmente habitan.

Otro dato de cierto interés en esta relación de los jóvenes con las personas adultas con las que conviven se puede detectar —consideran-

do la diferencia más bien corta, pero no por ello no significativa— entre los que dicen que «desearían vivir con su esposa o compañera» y hacerlo a solas/o con los amigos-amigas. En ambos casos, alrededor del 11 % de los jóvenes, bastante superior al 1,1 % que lo hace ahora, desearían tener esta nueva situación, lo que puede reflejar un retraining de los jóvenes a contraer compromisos serios (postura coherente con el retraso que se está produciendo en la edad de contraer matrimonio), y lo que por otra parte refleja también un cierto temor a contraer lazos «fuertes» con respecto al futuro. Así pues, la convivencia con los adultos en los lugares de habitación actual sigue siendo aceptada por una mayoría relativa de jóvenes; pero ya se detecta un grupo relativamente significativo de los mismos que desearían cambiar —si pudieran— su lugar habitual de convivencia con otros adultos.

Otro aspecto que nos puede dar alguna visión sobre la relación entre el mundo de los jóvenes y el de los adultos es el que se puede detectar a través del análisis de los motivos por los cuales se discute más con los padres, que son los adultos más directamente relacionados con los jóvenes, y sus propios deseos y necesidades. El perfil que muestran los datos es que, en primer lugar, problemas relativamente secundarios pero domésticamente importantes son los que más se tienen en cuenta y, en cierta forma, los que plantean más dificultades de relación jóvenes-adultos/padres. En segundo lugar, los problemas de cierta importancia, como pueden ser actitudes políticas, la religión, incluso las personas con las cuales los jóvenes se relacionan (amigos o

**TABLA 1.14**

**Motivos de discusión con los padres**

	<i>Sí</i>	<i>No</i>	<i>Diferencia</i>
	<i>A</i>	<i>B</i>	<i>A-B</i>
Manera de vestir .....	13.5	86.3	-72.8
Hora de llegar a casa por la noche .....	41.3	58.5	-17.2
En relación con los estudios ..	32.7	67.1	-34.4
Levantarse de la cama «cuando me apetece» .....	30.5	69.2	-38.7
En relación con el dinero .....	28.7	71.1	-42.4
Colaboración en trabajos domésticos .....	36.0	63.8	-27.8
Forma de decorar su habitación ..	11.5	88.0	-76.5
En relación con el trabajo .....	13.1	86.5	-73.4
La música que le gusta .....	13.3	86.5	-73.2
En relación a las ideas o actividades políticas .....	8.7	91.1	-82.4
La forma de hablar .....	16.2	83.6	-67.4
La religión .....	8.2	91.6	-83.4
Por pasarse con el alcohol .....	17.0	82.7	-65.7
Por los amigos/as que se tienen ..	8.8	91.0	-82.2

amigas), no son problemas que se lleven a casa o planteen discusiones en el seno de la familia. Ambos aspectos pueden indicar que, en función de que no se rompa una relativa «paz doméstica», se han «rebajado» en gran parte los temas que se tratan en casa, en el sentido de dar más importancia a aspectos secundarios y hacerlos mucho más importantes. Así constatamos que dos de los problemas más importantes que crean discusiones en el seno familiar son la hora de llegar a casa por la noche y la colaboración en el trabajo doméstico, a lo que se podría añadir el hecho de levantarse de la cama, por parte de los hijos, cuando les apetece. Únicamente los problemas relacionados con los estudios son causa de discusión con los padres, pero incluso en este caso no llegan a 1 de cada 3 jóvenes los que consideran este tema como provocador de incidentes en el seno de la familia. Tampoco parece que todo lo relacionado con el dinero cree una importante conflictividad.

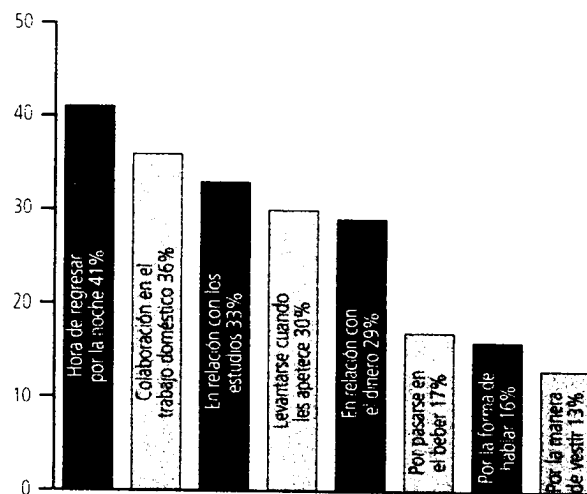
Lo que más llama la atención y que parece que no se convierte en tema de discusión filial-paternal, posiblemente por haber llegado a un pacto tácito de no tratar este tipo de temas, o bien por la cierta desideologización que va ganando campo en la sociedad y también en las familias, o bien porque se concede poca importancia (lo que no deja de llamar la atención) a este tipo de temas, es el hecho de que las ideas o actividades políticas, así como

lo relacionado con la religión, planteen muy pocas discusiones en el seno familiar.

Parece, pues, que en las relaciones familiares, incluso en aquellas que tienen una relación de poder-sumisión, como son las de los padres con los hijos y de éstos con aquéllos, los temas de relativa importancia se han retirado, en cierta manera, de la escena familiar y han pasado a un lugar muy secundario. Por ello, es muy probable que al hecho de que los hijos no piensen igual que los padres, o que éstos vean que sus hijos no piensan igual que ellos en política, en religión o en actividades relacionadas con una u otra, no se le dé importancia.

Esto puede plantear también la percepción de que las familias, como parece que se da en la realidad, han abdicado un tanto de ser transmisoras de valores en estos dos aspectos. Si añadimos que determinadas cuestiones relacionadas con el dinero, la forma de tener la habitación, lo referido al trabajo, la música que tienen, etc., incluso el pasarse respecto al alcohol, solamente porcentajes bajos de jóvenes se plantean como algo que puede crear problemas y generar discusiones en el seno familiar: todo ello nos puede llevar a la conclusión de que hay «miedo» en los padres y también posiblemente en los hijos a tocar determinados problemas. En función de una convivencia más a gusto y de una paz doméstica se cede en la transmisión de valores fuertes: no se tocan determinadas pautas de comportamiento juvenil; casi únicamente se procura que los hijos, a una determinada hora de la noche, estén en el hogar paterno, lo que

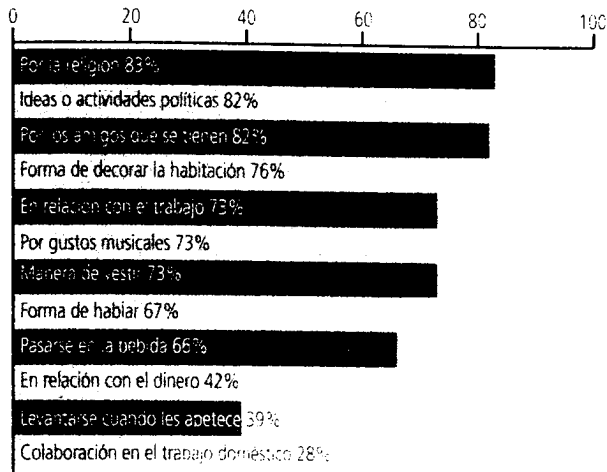
**Gráfico 1.20**  
**Sobre qué discuten (más) los jóvenes con sus padres**



Fuente: Tabla 1.14

Gráfico 1.21

Motivos de menor discusión de los jóvenes con sus padres



Fuente: Barómetro

parece ser uno de los pocos problemas o barreras que tienen actualmente los padres como contencioso con respecto a los hijos.

Estos resultados parecen poner de manifiesto una cierta minimización del intercambio de relaciones de los jóvenes con los adultos, de las cuales se sustrae lo importante, para plantear solamente algunas cosas de tipo más o menos normativo que se «negocian» tratando de que en ningún caso rompan esa cierta estabilidad a la que parece han llegado padres e hijos en los hogares.

Si esta situación, por un lado, tiene el aspecto positivo de la paz hogareña, de que los jóvenes dispongan de un lugar al menos donde sentirse acogidos e identificados, no deja de tener también un gran coste, puesto que no hay un intercambio fecundo jóvenes-padres/adultos en temas esenciales e importantes.

No es de extrañar, por tanto, que cuando se analizan las razones por las que los jóvenes se sienten «a gusto en casa» se encuentren frecuentemente como razones básicas algunas de tipo afectivo («se nos quiere»: 59,2 %; «se nos acoge bien»: 48,9 %), o bien aspectos puramente materiales, es decir, de confort físico de los padres y los hijos en el hogar.

Los jóvenes indican también en porcentajes bastante altos que se encuentran a gusto en el hogar porque «tienen cuidados materiales» (51,3 %), o porque «están cómodos» (51,1 %). Sin embargo, hay una cierta tendencia a destacar no solamente el acogimiento afectivo y el soporte de tipo material, sino también las posibilidades de expresión. Así, 1 de cada 4 jóvenes dice que puede opinar en casa, pero 3 de cada 4 querrían poder opinar más y ser tenidos más en cuenta personalmente dentro del hogar.

Si constatamos que de estas razones por las que los jóvenes se sienten a gusto en casa ninguna supera el 60 %, es decir, 6 de cada 10 jóvenes, y vemos que hay una cierta dispersión en las opiniones en las razones expuestas, podemos deducir que no hay una razón preponderante para este «seguir a gusto en casa», sino más bien que un conjunto de ellas hace que los jóvenes acepten y se encuentren felices en el hogar paterno, pero todo ello dentro de un pacto doméstico un tanto positivo por una parte, pero con unos costes fuertes por la otra. Fundamentalmente se basa en factores de necesidad afectiva de acogimiento, de apoyo y de cuidados materiales. No dejan de tener ambos una componente bastante importante de egotismo.

Relacionando las razones expresadas por los jóvenes por las que se sienten «a gusto en su hogar» con otras variables, se detectan las tendencias siguientes:

Razones por las que se sienten a gusto en su hogar

Razones	Los más altos porcentajes se dan en los casos siguientes	Variables más determinantes
Tienen cuidados materiales	Comunidad Valenciana y País Vasco, en general municipios a partir de 200.000 habitantes, los que viven con su compañero/a, los estudiantes	Los autoper posicionados en la izquierda tienen a valorar más este aspecto, especialmente los de Izquierda Unida; más los jóvenes indiferentes y ateos junto a los católicos «no practicantes»
Se les quiere	Andalucía, Aragón, Castilla-La Mancha, Galicia y Madrid; los jóvenes situados en los extremos del nivel educativo (estudios primarios y de 3.º grado); los que viven con sus padres.	Orece el porcentaje al crecer el tamaño del municipio; más los chicos que las chicas; decrece la valoración de este aspecto al crecer la edad; más los autoper posicionados en el centro-derecha y la derecha política, especialmente los de PP; los religiosamente «muy buenos católicos»; los jóvenes de clase alta/media-alta son los que muestran más altos porcentajes